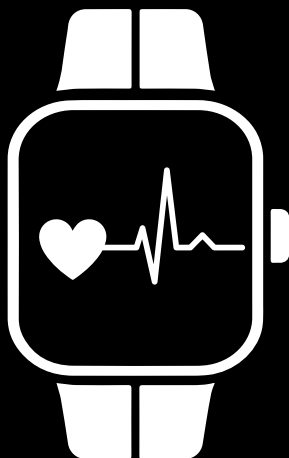


FERNANDO PAGLIUCA

DISONANCIA COGNITIVA



edulp

novela

DISONANCIA COGNITIVA

Pagliuca, Fernando E.
Disonancia cognitiva / Fernando E. Pagliuca. - 1a ed. -
La Plata : EDULP, 2026.
Libro digital, PDF
Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-631-6568-92-2

1. Literatura. I. Título.
CDD 800



EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA (EDULP)
48 N° 551-599 4° Piso/ La Plata B1900AMX / Buenos Aires, Argentina
+54 221 644-7150
edulp.editorial@gmail.com
www.editorial.unlp.edu.ar

Edulp integra la Red de Editoriales de las Universidades Nacionales (REUN)
ISBN 978-631-6568-92-2

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723
© 2026 - Edulp

DISONANCIA COGNITIVA

FERNANDO PAGLIUCA



*A mi hija Josefina
la mejor razón para querer cambiar el mundo.
Que haciendo lo que desee,
Y en todo lugar donde fuere,
Siempre tenga una vida en comunión
Y obre humanamente.*

Índice

I.- On-line.....	7
II.- Cargando... ..	12
III.- Enviar solicitud	17
IV.- Tu destino se encuentra a la izquierda	24
V.- Recalculando	29
VI.- Reconectando	35
VII.- De nuevo On-line	41
VIII.- Navegación en incógnito	47
IX.- Nueva solicitud de amistad	54
X.- Error de conexión. Intenta más tarde.	62
XI.- Se ha perdido la señal	70
XII.- Fuera de línea	79
XIII.- Match	88
XIV.- Solicitud de amistad aceptada	93
XV.- Nuevo inicio de sesión	97
XVI.- Conexión inestable	104
XVII.- Desconectando	110

I.- On-line

Pablo no miraba por la ventana para saber qué ropa ponerse; miraba la pantalla de cincuenta y dos pulgadas empotrada en su comedor. El Noticiero Central, conducido por un avatar de facciones simétricas y voz aterciopelada, anunció una tormenta eléctrica severa para la ciudad de Buenos Aires.

—Recuerden —dijo el presentador virtual—, la estática ambiental es peligrosa. Permanezcan en sus hogares. El índice de humedad es del 98%.

Pablo asintió. Se puso sus pantuflas de goma aislante y cerró las persianas reforzadas. Según su cronómetro digital, eran las 09:00 AM, hora de iniciar el teletrabajo. Aunque a veces le parecía extraño que el silencio de la calle fuera tan absoluto, su neurosis obsesiva encontraba consuelo en la precisión de los datos. Si el algoritmo decía que llovía, para el mundo, el agua caía, aunque no se escuchara el repique-teo en el techo.

Su vida, como la de todos, estaba atravesada por un montón de aplicaciones que interoperaban entre sí, que se compartían datos de navegación “para mejorar la experiencia” y, con ayuda de una Inteligencia Artificial, creaban un contenido específico para cada perfil. El universo digital ofrecía bienestar y seguridad.

El sistema arma una rutina personalizada que se va modificando según las necesidades del usuario, generalmente haciéndola más rígida. La IA analiza las “pistas” que dejan las personas: qué ven, por cuán-

to tiempo, qué ignoran, a qué le dan like, etc. En base a los intereses que demuestran, prueba, mide, ajusta. Arma una rutina y asigna un empleo, una carrera, si la métrica baja, se adapta. Como un experimento eterno, cuya finalidad es asegurar la felicidad de los participantes.

No necesita saber quién es realmente el usuario, sino cómo se comporta. No importa cuál es el contenido, sino cuánta gente lo consumió. Las métricas más importantes son “tiempo de permanencia”, “*engagement*”, “retención”.

Existe un estado anímico que puede abrir la puerta a un sinnúmero de otros estados, a una variable de sentimientos y pensamientos tan grande, cuyo procesamiento, si bien no es imposible cuantitativamente, cualitativamente ofrece una diversidad de resultados finales predecibles indeseable. El algoritmo lo percibe como el pecado original de los estados anímicos: el aburrimiento.

La prioridad de la rutina es mantener ocupado al usuario. Trabajo asignado, alimentación dirigida, esparcimiento planificado y descanso programado.

Esa noche, sin embargo, el algoritmo le permitió una excepción: “Ventana de socialización optimizada”. Era la fiesta del Ruso, un amigo cuya existencia física Pablo solo validaba cada seis meses. Antes de salir hacia lo del Ruso, consultó “Pathos”, su aplicación de navegación emocional. La app no buscaba la ruta más corta, sino la más “amigable”.

—Evitando zonas de baja vibración —anunció la voz sintética del sistema—. Ruta seleccionada: Avenida Santa Fe. El algoritmo detecta que la iluminación LED en esa zona está sincronizada con tus niveles de serotonina de esta noche.

Pablo caminó por la ciudad guiado por la flecha holográfica de sus lentes de realidad aumentada. A su alrededor, las personas caminaban igual: nadie miraba a los ojos, todos seguían estelas de colores que solo ellos podían ver. Si Pathos decía que una calle era “insegura”, la calle quedaba desierta. Quienes no poseían lentes, tenían sus caras iluminadas por una luz fría que salía de sus pantallas. Hace tiempo que la realidad no era lo que se pisaba, sino lo que se procesaba.

Al llegar al departamento del Ruso en Paraná y Arenales, el ambiente estaba cargado de una luz violeta tenue, recomendada por la red social LifeStream para eventos de reencuentro. El Ruso lo recibió cálidamente, abrazándolo de costado por encima de los hombros.

—¡Hola amigo! Qué bueno que viniste. Hay un montón de gente que no conozco, pero la tenía en Instagram y bueno, qué se yo, que vengan, dije—, comentó el Ruso mientras atravesaban el amplio living del elegante edificio estilo Belle Époque francesa donde vivía.

Al llegar a la cocina, el Ruso toma un bol de vidrio con papas fritas, lo suelta a Pablo y, mientras se iba, señala hacia la otra punta de la isla a una mujer que se encontraba de espaldas con el pelo suelto, entre rubia y castaña clara.

—¡Ah, mirá! Ahí está Sandra, recién llegada de Italia. Una amiga de la facu. Sandra-Pablo, Pablo-Sandra, no sé, hablen, que son los únicos que conozco— exageró una risa mientras se alejaba de ellos.

Sandra sonrió. Pablo se quedó mudo. No era solo su sonrisa; era el vestido.

—Ese color... —balbuceó Pablo—. Es rojo. El feed dice que el rojo está en la lista de colores proscritos para eventos nocturnos. Se supone que genera picos de cortisol innecesarios.

—¿Y qué sentís? —preguntó ella, acercándose un paso más de lo que el protocolo de “Distancia Social Sugerida” permitía—. ¿Sentís el cortisol o solo sentís curiosidad?

—Siento que estás fuera de sistema —respondió él, ajustándose los anteojos con nerviosismo—. Pero es... llamativo. Supongo que en Europa la red de datos está más fragmentada.

—Red de datos, red de datos... —comentó ella —¿Te diste cuenta que ya no hablamos como humanos ni de humanos? Redes de acá, redes de allá, ¿para qué sirve una red? Para pescar...

—O contener —interrumpe Pablo —En las redes sociales estamos todos conectados, formamos una sola conciencia colectiva. Yo hablo con doscientas personas al día a través de mis hilos de interés. Nunca me siento solo.

Sandra soltó una risa suave, un sonido que no parecía haber sido filtrado por ningún ecualizador de audio.

—Hablás con perfiles, Pablo. No con gente. ¿Cuándo fue la última vez que tocaste a alguien sin que un sensor de proximidad te diera el visto bueno? Nos falta el roce, el error, el olor a lluvia de verdad. Ese olor tiene un nombre, ¿sabías?

—La lluvia de verdad es peligrosa —replicó él, casi por instinto—. El noticiero previene desastres.

—El noticiero previene la vida —sentenció ella. —¿A qué te dedicás?

—Soy contador, trabajo para una empresa que, a su vez, trabaja para otras empresas.

—Ahhh, ahora me cierra todo.

—¿Cómo o por qué elegiste ese vestido? —indagó Pablo, que no podía dejar pasar la falta de precisión en un dato tan relevante.

—Vi las opciones que me sugería Pathos y opté por el único color que tenía en el placar que no coincidía con las sugerencias. Me aburre si sé lo que va a pasar —le dijo ella—. Me encantan las sorpresas, Pablo. Lo inesperado es lo único que me hace sentir que no soy un código de barras.

Esa frase se le quedó grabada como un virus en el sistema operativo de su mente. Pablo, el hombre que planificaba hasta el orden de sus medias, pensó: “esta mujer quiere romper la realidad”.

Justo en ese instante, el reloj inteligente de Pablo vibró con una pulsación rítmica en su muñeca. Una notificación en color ámbar cubrió su campo visual: “FIN DEL EVENTO. Tiempo de retorno: 22 minutos”.

En toda la sala, los invitados se detuvieron al unísono. La música bajó de volumen automáticamente. Era la orden colectiva de ir a dormir para mantener los niveles de productividad del día siguiente.

—Me tengo que ir —dijo Pablo, con una urgencia casi infantil—. Mi reloj dice que la fiesta terminó.

—El mío también —dijo ella, mirando su muñeca con indiferencia—. Pero yo no le hago caso a las máquinas que no saben bailar.

Pablo se despidió con un gesto rígido. Bajó las escaleras y regresó por la ruta que Pathos le marcó, la ruta de los “buenos sentimientos”. Pero, mientras caminaba por la acera perfecta, el color rojo del vestido de Sandra seguía quemando en su retina, una mancha de realidad en un mundo de píxeles perfectamente ordenados. Por primera vez, Pablo sintió que el algoritmo se había olvidado de algo importante.

II.- Cargando...

El despertador no sonó con un estruendo, sino con una ráfaga de luz azul fría ascendente proyectada desde la mesa de luz, acompañada por una melodía de frecuencias binaurales diseñadas para inducir un estado de alerta sin estrés. Pablo abrió los ojos a las 06:30 AM en punto. Antes de que sus pies tocaran el suelo, su *SmartWatch* ya había enviado su ritmo cardíaco y niveles de glucosa a la central de Bio-Data.

—Buenos días, Pablo —lo saludó su reloj—. Tu descanso ha sido calificado con un 84/100. Se recomienda una dosis extra de Vitamina D en tu desayuno.

Pablo se dirigió a la cocina con la rigidez de un soldado. Sobre la mesada, el dispensador automático ya había eyectado la vianda de inicio de jornada “Fase 1: Activación”. Era una pasta con sabor a vainilla sintética, térmicamente optimizada a 38 grados, con cereales de maíz azucarados. Mientras masticaba mecánicamente, sus ojos se posaron en la ventana. El noticiero mostraba una infografía climática: “Humedad 92% - Probabilidad de precipitaciones ácidas: Alta. Se recomienda permanecer en interiores”. Pablo asintió. No se le ocurrió mirar hacia el exterior, ni se molestó en levantar las persianas; la infografía era mucho más precisa que su propia vista.

A las 08:00 AM, se sentó frente a su escritorio de trabajo. Como contador para la firma Global Nexus, el trabajo de Pablo consistía en auditar los balances que la IA ya había generado. Era una tarea de supervisión de “integridad ética”. Las empresas enviaban sus flujos de

caja y Pablo debía verificar que el algoritmo de “Responsabilidad Social” no hubiera detectado ninguna anomalía en la facturación.

Enormes hojas de cálculo flotaban en su monitor táctil. Números, hashes criptográficos y sellos de conformidad.

“Factura A 0001-00004592: Proveedor de Insumos Bio-Sostenibles. Estado: Verificado”.

Sus dedos se movían con la agilidad de un pianista, pero su mente se extraviaba. Rojo. El vestido era rojo. La imagen de Sandra, riendo mientras desafiaba la autoridad de un reloj, aparecía entre las columnas de activos y pasivos. Era un error en el sistema, un píxel muerto en su pantalla mental.

—Pausa de Colación: 10:30 AM —anunció el reloj.

El dispensador entregó una barra de nutrientes prensados con sabor a té verde. Pablo aprovechó esos quince minutos de “tiempo personal permitido” para hacer lo que cualquier ciudadano moderno haría: validar la existencia de alguien a través de su rastro digital.

Abrió ShootMoments. El algoritmo le mostró inmediatamente lo que “debía” ver: fotos de oficinas ordenadas, gente haciendo yoga en ambientes minimalistas y publicidades de seguros de salud. En la barra de búsqueda, escribió con dedos temblorosos: Sandra.

Aparecieron miles de Sandras. Sandras que comían ensaladas de kale, Sandras que hacían trekking, Sandras que promocionaban cremas para la piel. Pero ninguna tenía esa mirada desafiante, ese desorden en el cabello que indicaba que no usaba el fijador recomendado por el “Ministerio de Estética” de Internet. Filtró por “Ciudad de Buenos Aires”, por “amigos en común con el Ruso”. Nada. El perfil del Ruso, de hecho, mostraba fotos de la fiesta, pero Sandra no aparecía en ninguna etiqueta. Era como si la cámara la hubiera evitado, o como si ella fuera un fantasma óptico.

—Probablemente tenga el perfil privado por razones de seguridad —se dijo Pablo, intentando calmar su pulso. La aplicación le envió una notificación inmediata: “Tu ritmo cardíaco ha subido 15 BPM. ¿De-seas escuchar un podcast sobre mindfulness?”.

—No —susurró él, y volvió al trabajo.

El bloque de la tarde fue un desierto de datos. A las 13:00 PM, consumió su vianda de almuerzo “Fase 2: Productividad”: un cubo de proteínas sabor pollo con arroz vaporizado. Durante el almuerzo, entró en una videollamada de equipo. Aparecieron los avatares de sus colegas. Marcos, un contador de Córdoba, hablaba con un entusiasmo prefabricado.

—¿Vieron el reporte del clima? Menos mal que nos avisaron de la lluvia ácida, mi vecino salió sin protección y la red dice que ahora tiene una multa por riesgo sanitario —comentó Marcos, cuyo avatar sonreía con una blancura irreal.

Es una norma de la empresa no utilizar las imágenes reales en videollamadas. Según un estudio de la Universidad Utah, el uso de avatares o imágenes fijas random mejora la productividad y evita sobresocialización por parte de los empleados.

—Es lo lógico —respondió Pablo—. El sistema nos cuida.

A las 16:00 PM, la impaciencia se transformó en una neurosis punzante. Abrió *TimeLine*. Esa red era ahora un repositorio de “Memorias de Comunidad Segura”. Buscó grupos de “Expatriados”, “Retornados”, “Amigos del Ruso”. Nada. Intentó buscarla por reconocimiento de imagen, subiendo un boceto mental que él mismo intentaba proyectar, pero la IA de búsqueda le devolvió resultados de actrices de los años noventa. “No hay coincidencias en la base de datos de Ciudadanos Activos”, dictaminó el sistema.

¿Cómo era posible? En un mundo donde cada paso quedaba registrado por el GPS del *SmartWatch*, donde cada compra de café generaba una huella digital, Sandra parecía no tener sombra.

Probó con *Trending*. Buscó palabras clave: “Europa”, “Sorpresas”, “Falta de vínculos reales”. Los resultados fueron abrumadores, pero todos eran de cuentas oficiales advirtiendo sobre los peligros del “aislamiento analógico” y la importancia de mantener la conectividad total para prevenir la depresión. No había rastro de su cinismo encantador, de su crítica a las máquinas que no saben bailar.

Al terminar su jornada laboral a las 18:00 PM, Pablo estaba exhausto de una manera que los suplementos vitamínicos no podían reparar. Su departamento, un monoambiente perfectamente diseñado para la eficiencia, se sentía pequeño. El sistema encendió las luces en un tono ámbar relajante.

—Hora de la vianda de cena “Fase 3: Reparación Celular” —anunció el reloj.

Pablo comió su sopa de aminoácidos frente a la pantalla del televisor, que emitía el noticiero vespertino. El presentador de IA, con un traje que cambiaba de color según el estado de ánimo promedio de la población, informaba sobre el éxito de la nueva actualización del algoritmo de pareja: “Un 99% de compatibilidad garantizada. Ya no necesitas buscar, el sistema sabe quién te conviene”.

—Entonces, ¿por qué no te encuentra a vos? —le preguntó Pablo a la sopa.

Se fue a la cama, siguiendo el protocolo. Se lavó los dientes con la pasta fluorada obligatoria, se puso el pijama térmico y activó el modo “Sueño Profundo” en su panel de control. Pero la oscuridad no trajo el descanso.

Acostado, con la luz azul de su reloj inteligente iluminando el techo, abrió todas las aplicaciones que tenía instaladas. Aplicaciones de nicho, foros de contadores, incluso apps de compra-venta de artículos usados. Buscó “Vestido rojo usado”. Buscó “Zapatos para caminar bajo la lluvia”.

El vacío era total.

Su mente obsesiva empezó a barajar teorías catastróficas. Quizás Sandra era una prueba de Turing avanzada. Quizás el Ruso lo había engañado. O quizás, y esta idea fue la que más le dolió, ella era tan “incompatible” con el sistema que el algoritmo de Pablo la había borrado de su realidad para “protegerlo” de una influencia disruptiva.

Cerró los ojos, pero no pudo dormir. El silencio de la calle, que antes le parecía una señal de orden y paz, ahora le resultaba irritante. Todo ese vacío se llenaba con imágenes de Sandra y el sonido de voz,

pero ya no era el móvil que arrojaba eso, sino su propia mente. Era desesperante.

El reloj en su muñeca vibró suavemente. "Alerta: Pensamientos rumiantes detectados. Se recomienda sesión de respiración guiada".

Pablo se quitó el reloj y lo dejó en el cajón de la mesa de luz. Un acto de rebelión minúsculo, pero terrorífico. Por primera vez en años, no sabía qué hora era realmente, ni cuánto medía su pulso. Solo sabía que necesitaba encontrar a esa mujer que amaba las sorpresas en un mundo donde las sorpresas habían sido prohibidas por decreto algorítmico.

Mañana, decidió mientras el insomnio lo devoraba, hablaría con el Ruso para que le facilite el contacto.

III.- Enviar solicitud

La mañana del miércoles comenzó con una notificación de color violeta pálido en el panel de cristal junto a su cama. El sistema del reloj percibió una diferencia, ya no pudo registrar el tiempo que Pablo había dormido, ni sus pulsaciones. “Sugerencia de Interacción: Hoy es un buen día para llamar a tu madre. Los niveles de nostalgia son óptimos en tu cuadrante”. Con los ojos inyectados en sangre por la falta de sueño, ignoró la sugerencia por primera vez en años. Su dedo rozó el icono de descartar con una rebeldía que le provocó un leve temblor en las manos.

Siguió el protocolo físico de manera automática. Se dirigió al baño, escaneando antes su cara con el móvil, que analizó su cutis y determinó que necesitaba una exfoliación con partículas de carbón activado para contrarrestar el estrés oxidativo. Mientras el cepillo eléctrico trabajaba sobre su rostro, Pablo repasaba mentalmente los eventos de la noche anterior. El vacío digital de Sandra no era un error de búsqueda; era una omisión deliberada.

A las 08:15 AM, mientras ingería su vianda de Pre-Trabajo sabor “Cereales de Invierno - Edición Control de Ansiedad”, Pablo decidió romper la primera regla de la etiqueta digital: realizar una llamada de voz directa sin haber enviado previamente un mensaje de texto de “¿Te puedo llamar?”.

Busco entre los contactos “Ruso”. Llamar.

El sistema tardó tres tonos en conectar, como si la central estuviera evaluando si esa comunicación era “saludable” para ambos nodos.

—¿Pablo? —la voz del Ruso sonaba distorsionada por un filtro de optimización—. ¿Qué pasó? No me asustes. Estoy en medio de mi sesión de “Visualización de Éxito Matutino”.

—Ruso, necesito el contacto de Sandra. La chica de la fiesta. No la encuentro en ninguna red. La busqué en todas, pero todas, y no aparece.

Hubo un silencio estático. Pablo podía imaginar al Ruso consultando sus propias métricas de popularidad antes de responder.

—Ah, la “italiana”. No me extraña que no la encuentres. Tiene un Rating de Conformidad bajísimo, re pocos seguidores. Mi feed apenas me muestra sus actualizaciones, de hecho, creo que el sistema la tiene en una especie de cuarentena de visibilidad. Esperá que busco en mi historial chats, porque tengo activado para que se vayan borrando. Viste que con los cursos que doy sobre closing tengo un montón de gente que me contacta y después no concreta. No sé, la verdad, la gente no quiere progresar hoy, prefiere estar anclada al viejo sistema de tener un jefe, un sueldo, en general es un sueldo de mierda, y esperar una jubilación mediocre que ojalá le llegue, porque como viene la mano...

Pablo solo pudo escuchar el tecleo rápido. En su pantalla de trabajo, un aviso de “Baja Productividad Detectada. Tenés que conectarte” empezó a parpadear en rojo, pero él lo ignoró.

—Solo la tengo en *TimeLine* —dijo el Ruso al fin—. Es una reliquia, ya sé, pero ella insiste en usar plataformas con muros abiertos. Te paso el enlace por el canal de baja prioridad. No me hagas quedar mal, ¿querés?

—Gracias, Ruso. Te debo una.

—Me debés un “me encanta” y una compartida en mi próximo post de branding y dejá de hacer ricos a otros, empezá hoy —cortó el Ruso.

El enlace llegó al reloj de Pablo. Un hipervínculo azul, una puerta a la existencia de Sandra. Pablo se sentó frente a su monitor

principal, con el corazón martilleando contra sus costillas. Movi6 el cursor y clicke6.

“CONTENIDO NO DISPONIBLE”, rez6 el mensaje en letras grises. “El enlace que has seguido puede haber caducado, o la p6gina puede ser solo visible para una audiencia en la que no est6s incluido (Protocolo 402-A)”.

Pablo sinti6 una oleada de calor subir por su cuello. Lo intent6 de nuevo. F5. Refrescar. El resultado era el mismo. El algoritmo de *TimeLine* —o quiz6s el meta-algoritmo que gobernaba todas sus interacciones— haba decidido que Pablo y Sandra eran agua y aceite. El sistema estaba actuando como un padre sobreprotector, filtrando su realidad para evitar que “colisionara” con una personalidad que no encajaba en su esquema de orden y neurosis controlada.

—No me vas a ganar —susurr6 Pablo, sus dedos volando sobre el teclado.

Como contador, Pablo conoca ciertos atajos t6cnicos. No era un hacker, pero sabia que el sistema de “curadur6 de contenido” funcionaba bas6ndose en las cookies de su perfil activo. Si el sistema sabia qui6n era 6l, sabia qu6 ocultarle.

Abri6 una pesta6a en modo inc6gnito.

Introdujo la URL de nuevo. Esta vez, la red social no lo reconoci6 como “Pablo, el contador de Global Nexus con tendencia a la ansiedad”. Lo vio como un usuario an6nimo, un fantasma sin historial.

La p6gina carg6. Y ah6 estaba ella.

La foto de perfil de Sandra no era un retrato profesional con fondo difuminado por IA. Era una imagen movida, tomada en una calle que Pablo no reconoci6, donde ella se re6 a carcajadas mientras sosten6a un helado que se derret6a. Llevaba el mismo vestido rojo de la fiesta. Pablo se qued6 paralizado. La atracci6n que sinti6 no fue la compatibilidad l6gica que le ofrec6an las apps de citas; fue un golpe en el est6mago, una reacci6n qu6mica, violenta y primitiva.

Empez6 a *scroll*ear sus fotos. Sandra bajo un 6rbol. Sandra leyendo un libro de papel en un banco de plaza. Sandra en un balc6n, mirando hacia un cielo que, seg6n los metadatos de la foto, deber6a haber

estado bajo alerta de tormenta, pero que en la imagen se veía de un azul cobalto insultante.

Pablo notó que cada vez que ella publicaba algo, apenas tenía dos o tres “Me gusta”. No porque no fuera atractiva, sino porque el algoritmo la había enterrado bajo una capa de invisibilidad digital. Sandra era un error de sintaxis en el código de la sociedad.

“Tengo que hablarle”, pensó.

Regresó a su sesión activa para enviarle una solicitud de amistad. El mensaje de “Enlace no disponible” volvió a aparecer. Lo intentó desde la app del teléfono. Nada. Intentó buscarla manualmente desde el buscador interno con el nombre de usuario específico. “Cero resultados”. El sistema estaba bloqueando activamente cualquier puente de comunicación entre ambos perfiles. Pablo era un activo valioso para la ciudad —productivo, obediente, predecible— y Sandra era un virus potencial.

La frustración de Pablo escaló hasta convertirse en una obsesión física. Se levantó, caminó en círculos por el living de tres por tres, ignorando el aviso de su reloj que le indicaba que era hora de su colación de media mañana: “Fibra y Magnesio”.

Regresó a la pestaña de incógnito. Observó el botón de “Mensaje”. Sabía que, al ser un usuario no registrado en esa pestaña, el sistema lo rebotaría. Pero entonces, notó algo. Un bug. Un pequeño error en la interfaz de la versión de la página que estaba visualizando en el escritorio.

Si hacía clic en “Mensaje”, la ventana flotante se abría antes de pedir el *login*.

Pablo escribió con frenesí, antes de que el script de seguridad se diera cuenta de su presencia:

“Hola, soy Pablo, nos conocimos en lo del Ruso. No sé cómo contactarte porque parece que el mundo no quiere que te encuentre, pero quisiera que sigamos con nuestra charla. No puedo dejar de pensar en lo que dijiste sobre las sorpresas”.

Le dio a “Enviar”.

Inmediatamente, la pantalla saltó a una página de inicio de sesión: “Para completar esta acción, por favor identifícate”.

Pablo ingresó sus credenciales. La pantalla giró, cargó el círculo de espera y, tras unos segundos de tensión agónica, apareció un tilde verde.

“Mensaje enviado”.

Pablo soltó un suspiro que fue casi un sollozo. Se dejó caer en su silla ergonómica. Había perforado la burbuja. Por un breve instante, había operado fuera de las sugerencias del algoritmo.

Una notificación del reloj interrumpiendo el silencio—. Ha excedido el tiempo permitido de uso recreativo en el horario laboral. Su tiempo de conexión en la intranet de la empresa ha detectado su demora para estar *on-line* y se ha procedido a descontar un 5% de su bono de productividad diario. Por favor, retome la auditoría del balance de “Sinergia Global”.

—Sí, ya voy —respondió él, sin rastro de molestia.

El resto del día transcurrió bajo una neblina de irrealidad. Pablo cumplió con cada una de sus obligaciones con una precisión casi cínica. Comió su vianda de almuerzo, sabor “Ternera”, sin saborearla. Realizó tres videollamadas donde asintió a todo lo que los avatares de sus jefes decían sobre la “armonía social y el crecimiento sostenido”. Incluso, cuando el noticiero del mediodía anunció que se esperaba una caída de granizo del tamaño de pelotas de golf y que todos los ciudadanos debían bajar las persianas metálicas de sus hogares, Pablo lo hizo sin cuestionar.

Pero mientras las persianas bajaban con un estruendo mecánico, aislándolo del mundo exterior, Pablo miraba su teléfono cada treinta segundos.

El mensaje figuraba como “Enviado”, pero no “Leído”.

A las 19:00 PM, su reloj le avisó que era hora de la “Sesión de Estimamiento y Mindfulness Post-Laboral”. Pablo se puso en la alfombra, siguiendo las instrucciones de la silueta holográfica que aparecía en la pantalla y armaba una rutina especialmente para él, de acuerdo a los

datos que el suministró, gracias a los “permisos de app” que autorizó. Pero mientras estiraba los isquiotibiales, su mente estaba en el perfil de incógnito de Sandra. Recordaba una foto específica: ella sentada en un café de la zona de Plaza de Mayo, un lugar que el mapa de Pablo siempre marcaba como “En obras - Prohibido el paso”.

Se fue a dormir a la hora exacta que el sistema recomendaba para optimizar la regeneración de melatonina (22:30 PM). Sin embargo, el protocolo falló. Su cerebro, antes una hoja de cálculo perfecta, era ahora un hervidero de dudas. La rigidez de su cama, la temperatura controlada a 21 grados, el aroma a lavanda sintética que el aire acondicionado expulsaba... todo se sentía raro.

Cerró los ojos y trató de visualizar el vestido rojo. El rojo, un color que el sistema evitaba porque “incitaba a la agitación”. Pablo se dio cuenta de que estaba agitado, sí, pero esta vez, se sentía despierto.

Justo antes de entrar en un sueño inquieto, su teléfono emitió un sonido que no era una notificación estándar del sistema. Era un tono agudo, casi un chirrido, el sonido de un mensaje entrante de una fuente no verificada. Casi un spam.

Pablo estiró la mano, el corazón disparado. En la pantalla, una sola línea de texto brillaba en la oscuridad:

Sandra: “Si no me podés contactar de forma virtual, ¿Por qué no nos tomamos algo en vivo? Como personas, como seres humanos. Jajajaja. Mañana a las 18:00 en la Manzana de las Luces, ¿conocés? Aunque el noticiero diga que hay tormenta de nieve, traé anteojos de sol. No me falles, contador”.

Pablo miró la notificación. La Manzana de las Luces en su aplicación de mapas figuraba como “Cerrada temporalmente”. Además, todas las calles aledañas tenían unas líneas rojas punteadas con íconos que aseguraban que se encontraban cerradas al paso, más otros de obras y similares.

Se quedó con una sonrisa, mientras el reloj en su muñeca enviaba una alerta a la central de salud: “Usuario 8492-P: Arritmia detectada.

Posible fallo en el sistema circulatorio. Se sugiere intervención de Nivel 2". Pablo presionó el botón de "Cancelar", se dio vuelta y se durmió.

IV.- Tu destino se encuentra a la izquierda

A las 16:00 PM, el departamento de Pablo se transformó en un centro de operaciones de baja intensidad. Según su *SmartWatch*, su nivel de estrés estaba en un “amarillo preventivo”, pero por una vez, el algoritmo no intentó calmarlo con frecuencias sonoras. Sorprendentemente, al consultar la aplicación de clima y agenda, el sistema emitió un veredicto inusual: “Condiciones óptimas para desplazamiento peatonal. Cielo despejado. Temperatura: 22°C. Disfrute de su día”.

Era la primera vez en semanas que la IA y sus propios sentidos parecían estar en la misma frecuencia. Pablo se vistió con una meticulosidad casi religiosa. Eligió una camisa de lino azul —el color que, según su perfil de usuario, proyectaba “confiabilidad y apertura”— y se aseguró de que sus zapatos estuvieran perfectamente lustrados.

Al abrir la aplicación de mapas, introdujo el destino: “Manzana de las Luces”. El buscador dio un giro circular de tres segundos antes de arrojar un resultado: “Destino identificado como: Manzana de las Luces. Advertencia: Es probable que el sitio esté cerrado al público por tareas de restauración arqueológica al momento de su llegada. Ruta amigable calculada: evitando zonas de alta densidad sonora”.

—Cerrado —murmuró Pablo, ajustándose el reloj—. Bueno, si está cerrado, buscaremos un banco cerca, supongo.

Salió a la calle. El sol de la tarde en Buenos Aires caía con una calidez que se sentía extrañamente física, casi táctil. Siguió la línea

verde de su GPS, que lo llevaba por calles laterales, pasajes adoquinados y zonas donde el ruido de los colectivos llegaba amortiguado. Pablo caminaba con la vista fija en la pantalla, corrigiendo su rumbo cada vez que se desviaba un centímetro de la ruta optimizada.

Al llegar a la esquina de Perú y Alsina, se detuvo en seco.

Frente a él, la Manzana de las Luces no estaba rodeada de andamios ni carteles de “Prohibido el paso”. Por el contrario, los grandes portones de madera estaban abiertos de par en par. En el patio interior, un pequeño café con mesas de madera y manteles a cuadros bullía de actividad. No había robots de servicio; eran mozos de carne y hueso que llevaban bandejas con tazas de porcelana.

Pablo consultó su teléfono. La aplicación seguía insistiendo: “Sitio cerrado. Sugerencia: Diríjase a la cadena de café más cercana (400 metros) para una experiencia garantizada”.

—Debe ser un error de la base de datos —se autoconvenció Pablo, sintiendo una punzada de ansiedad—. Le debe faltar alguna actualización a la app de catastro. Seguramente abrieron hoy y el servidor todavía no procesó el cambio de estado.

Entonces la vio. Sandra estaba sentada en una mesa al fondo, bajo la sombra de una de las arcadas de la galería. Llevaba un vestido verde esmeralda y leía un libro cuya encuadernación de cuero estaba visiblemente desgastada. Al verlo, cerró el libro y levantó una mano, sonriendo con una naturalidad que a Pablo le resultó casi agresiva.

—Llegaste —dijo ella cuando él se acercó—. Y sin anteojos de sol, a pesar de que te lo advertí.

—El noticiero no dijo nada de sol extremo —respondió Pablo, sentándose con rigidez—. De hecho, mi app decía que este lugar estaba clausurado. Casi no vengo.

Sandra soltó una risa corta, de esas que no piden permiso.

—Tu app vive en un universo paralelo, contador. Este café está acá desde que tengo memoria, vengo todos los días a la misma

hora. Pero claro, no paga el canon de visibilidad del algoritmo, así que para tu teléfono es tierra de nadie.

Pidieron dos cafés. Pablo miraba a su alrededor, incómodo.

—¿Ves eso? —preguntó Sandra, señalando con la barbilla a una pareja de jóvenes que charlaban mientras miraban sus dispositivos móviles—. La gente ya no habla, Pablo. Se comunica. Que no es lo mismo.

—No entiendo la diferencia —dijo él, removiendo su azúcar con precisión quirúrgica—. La comunicación es la transmisión de información. Nosotros estamos más comunicados que nunca. Sé qué desayunó un colega en Japón y cuántos pasos dio mi vecino esta mañana.

—Eso no es hablar —replicó ella, inclinándose hacia adelante—. Eso es stalkearse. Vivimos vigilándonos unos a otros, comparando nuestras métricas, buscando el momento exacto para lanzar el anzuelo. Las redes sociales no son para conectar, son para pescar. Pescamos aprobación, pescamos envidia, pescamos la ilusión de que no estamos solos.

Pablo frunció el ceño.

—El sistema optimiza los vínculos. Las apps de citas, por ejemplo, filtran a las personas por compatibilidad biológica y psicológica. Ahorran tiempo. Evitan el error.

—No, Pablo. Las apps de citas generan una ansiedad de catálogo que hace que el encuentro real sea imposible. Siempre pensás que el siguiente perfil puede ser un 1% mejor que el que tenés enfrente. Nadie para de ver el celular. ¿Te fijaste alguna vez en el subte? Es como el cigarrillo en los años cincuenta. Una adicción socialmente aceptada, como decía Martín Kohan. La gente fuma pantallas para no tener que mirar el vacío del otro. Para no tener que sostener una mirada más de tres segundos.

Pablo miró su propio teléfono, que descansaba sobre la mesa. Se sintió desnudo.

—Yo soy optimista sobre el sistema —dijo, intentando recuperar terreno—. El algoritmo nos quita el peso de decidir sobre cosas triviales, que nos quitan tiempo y energía que podríamos utilizar para nosotros. Nos dice qué comer, por dónde caminar, con quién hablar para no sufrir. El sufrimiento es ineficiente, la naturaleza humana es reticente al sufrimiento. ¿Quién es Martín Kohan?

—El sufrimiento es parte del mapa, contador —dijo Sandra y, por un momento, sus ojos, oscuros y profundos, se clavaron en los de él—. Si no te perdés de vez en cuando, nunca vas a encontrar un lugar que no esté en el GPS.

Pasaron una hora hablando. Sandra le contó de sus años en Italia, de cómo en las plazas de Milán o en los cafés de Nápoles todavía quedaban “zonas muertas” donde la gente se reunía a conspirar contra la dictadura del dato. Pablo, por su parte, intentaba defender la estructura de su vida, pero cada argumento que lanzaba se sentía más débil, como un castillo de naipes frente a la brisa que corría en aquel patio. De alguna manera, lo sentía personal.

Alrededor de las 18:30 PM, decidieron irse. El sol empezaba a bajar, tiñendo las cúpulas de la ciudad de un naranja cobrizo.

—Caminemos por Diagonal Sur —propuso ella—. Me gusta cómo se ve la Plaza de Mayo a esta hora.

Caminaron en silencio, pero no era un silencio incómodo. Pablo notó que, por primera vez en años, no sentía la necesidad de consultar su reloj para saber si su ritmo de marcha era el adecuado. Sandra caminaba a un ritmo irregular, deteniéndose a mirar un detalle en una cornisa o el color de un grafiti.

Llegaron a la Plaza de Mayo. La Casa Rosada se alzaba al fondo, imponente. El flujo de gente que salía de las oficinas era constante, una masa de personas con la cabeza gacha, iluminadas por el resplandor azul de sus dispositivos.

—Bueno —dijo Sandra, deteniéndose frente a la boca de la Línea A—. Acá nos separamos. Yo bajo por acá.

Pablo sintió un vacío repentino en el pecho, una sensación que ninguna de sus aplicaciones de bienestar había registrado jamás.

—Fue... un encuentro atípico —dijo él.

Sandra lo miró y sonrió de una manera que él no pudo describir. Levantó la mano y la abrió y cerró unas tres veces.

—Atípico es una buena palabra, contador. Cuidate del algoritmo.

Ella bajó las escaleras de la estación Perú, perdiéndose entre la multitud. Pablo se quedó parado unos segundos, asimilando el aroma a café real y perfume de flores que parecía haber quedado suspendido en el aire.

Caminó una cuadra más por la Plaza, rodeando el Cabildo, hasta llegar a la estación Catedral de la Línea D. Al entrar al subte, el aire viciado y el sonido metálico de las formaciones lo devolvieron a su realidad. Se sentó en un rincón del vagón y, por inercia, activó su reloj.

"Resumen de actividad: 4.200 pasos. Interacción social detectada. Nivel de satisfacción proyectada: 72%. ¿Deseas registrar este evento?"

Pablo iba a darle a "Aceptar", cuando su teléfono vibró en el bolsillo de su pantalón. No era una notificación del sistema. Era un mensaje de texto directo.

Lo abrió. Era Sandra.

"Tanto hablar de lo virtual y no me diste un beso", decía el mensaje. "No hay nada más analógico que un beso, contador. Que descanses".

Pablo leyó el mensaje una, dos, tres veces. El vagón se movía con un traqueteo rítmico, pero el mundo de Pablo acababa de sufrir un sismo de magnitud incalculable. Miró a su alrededor. Todos los pasajeros estaban absortos en sus pantallas, buscando la próxima dosis de dopamina digital. Él, en cambio, apagó la pantalla de su teléfono y se quedó mirando su reflejo en la ventana oscura del subte mientras el tren se adentraba en el túnel.

Tenía una sonrisa en la cara, una que no respondía a ninguna métrica, una que el algoritmo jamás podría haber predicho.

V.- Recalculando

El miércoles fue un desierto de productividad y un calvario de cálculos mentales. Para Pablo, un hombre que vivía bajo el amparo de los balances contables, el mensaje de Sandra no era una simple picardía; era una deuda pendiente, un asiento contable que no cerraba, un error de auditoría en el corazón mismo de su hombría.

¿Qué significaba «no haberla besado»? En el manual de procedimientos implícito de su mente, los eventos debían seguir una progresión lógica. Primero, el intercambio de datos; segundo, la validación de compatibilidad; tercero, el contacto físico de baja intensidad. Pero Sandra había saltado todas las etapas y lo había dejado expuesto.

Pasó la mañana frente a la pantalla de su computadora de trabajo, pero los números de la empresa “Logística Austral” bailaban ante sus ojos. Su mente, en lugar de auditar facturas, auditaba el momento de la despedida en Plaza de Mayo. ¿Fui demasiado rígido? ¿ella esperaba que la tomara de los hombros? ¿cuál era el protocolo?

La duda se le instaló en la boca del estómago como una piedra. Según su reloj inteligente, su nivel de estrés estaba en un “Nivel 3: Requiere meditación inmediata”. Pablo ignoró la vibración en su muñeca. Estaba demasiado ocupado redactando mensajes que nunca enviaría.

Abrió el chat. El cursor parpadeaba, rítmico, desafiante. “Hola Sandra, yo también me quedé pensando...” —Borrar. “La verdad es que el

contexto del subte no era el adecuado para un beso..." —Borrar. Demasiado explicativo. Demasiado Pablo. "Me encantaría darte ese beso pendiente mañana" —Borrar. Demasiado lanzado.

Cerró la aplicación. Se levantó a buscar su vianda de almuerzo sabor "Salmón del Atlántico con Eneldo". Comió con la mirada fija en la pared, sintiendo que cada bocado de pasta nutritiva lo alejaba más de la realidad vibrante y desordenada que Sandra representaba.

El jueves por la mañana, la situación empeoró. El silencio de Sandra —que no era tal, puesto que él era quien no había respondido— se le presentaba fantasmalmente. Al despertar, lo primero que hizo fue abrir el chat. Releyó la frase: "No hay nada más analógico que un beso, contador".

—Soy un idiota —susurró para sí mismo.

La posibilidad de que ella pensara que él era un cobarde, o peor, alguien aburrido, lo llenó de un calor insoportable. Se imaginó a Sandra en aquel café de la Manzana de las Luces, riéndose con algún bohemio que no usara *SmartWatch* y que supiera exactamente cuándo besar a una mujer.

Volvió a la carga con el teléfono. Sus dedos, expertos en el teclado numérico, se sentían torpes en la pantalla táctil. "Sandra, perdón por la demora. Estuve con mucho trabajo, pero no creas que no..." Borró. "Tenés razón. Lo analógico es mejor..." Borró.

En un momento de desesperación, mientras intentaba corregir un mensaje, el teléfono resbaló levemente de su mano. Al intentar sujetarlo, su pulgar presionó con fuerza el icono de la flecha verde.

"No cre...", decía el mensaje enviado.

Pablo sintió que el piso desaparecía bajo sus pies. Se quedó mirando la pantalla, petrificado. Había enviado un fragmento incoherente, una prueba fehaciente de su torpeza. El símbolo del relojito cambió a un tilde, y luego a dos tildes azules.

Estaba acabado. Ella lo vería como un contador disfuncional que ni siquiera podía completar una oración de tres palabras y mucho me-

nos dar un beso. Se tapó la cara con las manos, esperando el bloqueo definitivo o el silencio eterno.

Tres segundos después, el teléfono vibró.

Sandra: Sandra: “Qué sorpresa, pensé que no me ibas a escribir más. ¿No cre... qué? ¿No creés en los besos o no creés que sea capaz de darte uno?”

Pablo soltó un suspiro que pareció vaciarle los pulmones. No estaba acabado. Estaba vivo.

“No creas que me olvidé”, escribió esta vez con una velocidad nacida de la pura adrenalina. “Mañana a las 18:00. En el mismo café. No acepto un ‘cerrado por reformas’ como excusa del sistema”.

Sandra: “Ahí estaré, contador. Vení preparado”.

El jueves comenzó de manera extraña. Desde temprano, el sistema parecía haber detectado su intención de salirse del carril.

A las 09:00 AM, mientras Pablo se preparaba para una jornada tranquila de cierre de mes, su monitor se iluminó con una alerta roja de prioridad máxima. “NOTIFICACIÓN DE GLOBAL NEXUS: Auditoría de Emergencia requerida para la cuenta ‘Petroquímica del Sur’. Plazo de entrega: 19:00 PM. Nota: Su presencia digital es requerida de forma ininterrumpida. Los sensores de actividad monitorearán su enfoque”.

—¿Siete de la tarde? —protestó Pablo ante la habitación vacía—. Eso es imposible. Ese balance toma al menos dos días.

—Es una urgencia de mercado, Pablo —decía el mensaje que seguía a la notificación—. Se ha detectado una fluctuación en los activos. Tu eficiencia es la única que puede garantizar la estabilidad del cliente. Se han suspendido tus permisos de descanso de media tarde.

Pablo se sentó, sintiendo que los hilos invisibles del algoritmo empezaban a tensarse a su alrededor. Trabajó con una furia mecánica, procesando miles de datos por minuto. A las 15:00 PM, estaba agotado, pero la montaña de archivos no parecía disminuir. Cada vez que terminaba una sección, el sistema generaba automáticamente una nueva “sub-auditoría de verificación”. Era como intentar vaciar el océano con una cuchara.

A las 16:30 PM, decidió que ya era suficiente. El sistema estaba intentando retenerlo.

—Finalizar sesión —ordenó.

—No se recomienda —salió un cartel en la intranet empresarial—. El incumplimiento de una Auditoría de Emergencia conlleva una penalización en tu cuenta y el consecuente descuento salarial.

—Me da igual —dijo Pablo, cerrando la computadora de golpe.

Se vistió a toda prisa. Al intentar salir de su departamento, el ascensor se detuvo en el piso 4. “MANTENIMIENTO PREVENTIVO EN CURSO. Por favor, utilice las escaleras. Se estima una demora de 45 minutos”.

Pablo bajó corriendo los ocho pisos por la escalera de emergencia, algo que su reloj calificó inmediatamente como “Actividad física no programada - Riesgo de taquicardia”. Al llegar a la calle, el aire se sentía pesado, pero el sol brillaba con una intensidad magnífica.

Abrió la aplicación de transporte para pedir un auto. “ALTA DEMANDA EN SU ZONA. Tiempo de espera estimado: 35 minutos. Nota: Se sugiere el uso del transporte público. La Línea D del subte opera con normalidad”.

Caminó hacia la estación de subte más cercana, pero al llegar a la boca de entrada, se encontró con que estaba cerrada.

—Estación cerrada, señor —dijo el personal de la estación, cuya mirada estaba oculta tras unos lentes oscuros—. Hubo una filtración de gas refrigerante en los túneles. Peligro de intoxicación con asbesto.

—Pero si en la app dice que funciona... —insistió Pablo, mostrando su pantalla.

—La app todavía no se actualizó. Además, hay alerta de disturbios en el microcentro.

Pablo retrocedió. Miró a su alrededor. La calle estaba llena de gente, pero todos caminaban en dirección contraria a donde él debía ir. Sus teléfonos emitían señales sonoras de advertencia: “Evite la zona sur”.

Era una emboscada algorítmica. El sistema no quería que se encontraran. No era una conspiración de hombres de negro en habitaciones oscuras; era simplemente el código, como si el software de

optimización social detectando que la unión de Pablo (un nodo estable) con Sandra (un nodo disruptivo) generaría una anomalía en la red. El sistema estaba intentando “reparar” la realidad de Pablo volviéndola intransitable.

—No —dijo Pablo en voz alta—. No esta vez.

Empezó a correr. No por las avenidas principales, sino por los callejones estrechos que Sandra le había enseñado a mirar.

Su reloj empezó a pitar con una frecuencia insoportable. “¡ALERTA! ¡ALERTA! Estás ingresando en una zona de alta toxicidad informativa. Tu seguro de salud podría quedar invalidado. Tu pulso es de 130 BPM. ¡DETENTE!”.

Pablo se arrancó el reloj de la muñeca y lo guardó en el bolsillo. Fue un gesto violento, liberador. Sin el GPS, sin el monitor de pulso, sin la guía de Pathos, la ciudad se volvió de repente inmensa, caótica y real.

Se perdió dos veces. Tuvo que preguntar direcciones a un hombre que estaba barriendo la vereda, quien lo miró como si fuera un extraterrestre por hablarle en lugar de escanear un mapa.

—La Manzana de las Luces queda por allá, pibe —dijo el hombre, señalando con la escoba—. Pero apurate, que parece que se viene el fin del mundo por lo que dicen esos aparatitos de mierda.

Pablo llegó a la esquina de Perú y Alsina a las 18:15 PM. Estaba empapado en sudor, sin aliento y con la ropa desaliñada. El sistema había intentado bloquearle el transporte, le había inventado una emergencia laboral y le había cortado el subte.

Pero allí estaba el café. Y allí estaba Sandra.

Ella estaba sentada en la misma mesa, con una taza de café humeante frente a ella. Al verlo llegar en ese estado, se levantó lentamente, con una mezcla de sorpresa y admiración en el rostro.

—Llegaste —dijo ella, con voz suave—. Pensé que el sistema te habría comido vivo a esta hora.

—Me... me quitó el ascensor —dijo Pablo, tratando de recuperar el aire—. Y el subte. Y me puso a auditar una petrolera. Pero aquí estoy.

Sandra río y se acercó a él. No había pantallas entre ellos, no había algoritmos sugiriendo el ángulo de inclinación, ni sensores midiendo la compatibilidad de feromonas. Solo estaba el aroma a café, el ruido lejano de la ciudad que el sistema intentaba ocultar y el calor de la piel de Sandra.

Ella puso sus manos en las mejillas de Pablo.

—Analógico, contador —susurró ella.

Lo besó.

Fue un beso que no figuraba en ningún balance. Un beso que no tenía métricas de satisfacción, pero que para Pablo fue como si se encendieran todas las luces de una ciudad que había estado a oscuras durante décadas. En ese instante, el mundo virtual, con sus alertas de toxicidad y sus auditorías de emergencia, se desvaneció. Solo quedaron ellos dos, en un patio de Buenos Aires, iniciando una revolución de la que todavía no eran conscientes.

Lejos de allí, en un servidor central, el perfil de Pablo marcó un error crítico: "Usuario 8492- P: Fuera de rango. Conexión perdida".

VI.- Reconectando

La mañana del viernes no trajo la claridad que Pablo esperaba, sino una intensificación del orden. Se despertó exactamente tres segundos antes de que la alarma lumínica alcanzara su pico de intensidad. Su cuerpo, entrenado por años de algoritmos de descanso, se sentía como un engranaje bien aceitado, pero su mente estaba en otra parte. Sus dedos todavía recordaban la presión de las manos de Sandra, y sus labios, de manera casi involuntaria, buscaban el rastro de aquel beso analógico que el sistema no había registrado.

—Buenos días, Pablo —anunció su reloj, con un tono ligeramente más agudo que de costumbre—. Tu índice de Productividad Potencial es del 96%. Se ha programado una sesión intensa de auditoría para compensar los desvíos del jueves.

Pablo comenzó su rutina con la precisión de un autómata. Bebió el vaso de agua a 12°C con electrolitos que el dispensador le entregó. Se duchó bajo un chorro de agua que cambiaba de temperatura según su ritmo cardíaco, diseñado para maximizar el flujo sanguíneo hacia el cerebro. La vianda de apertura sabor “Omega-3 y Frutos Rojos” apareció en la ranura de la cocina. Era una pasta densa que debía masticar exactamente treinta y dos veces por bocado para optimizar la digestión.

Mientras desayunaba, Pablo intentó lo impensable: programar un encuentro físico fuera de los parámetros de “Socialización Sugerida”. Tecleó en su dispositivo: “Reunión con el Ruso - 18:30 hs - Café de la Esquina”.

La respuesta del sistema fue instantánea y gélida: “ERROR: Conflicto de Agenda. A las 18:30 hs se ha programado una ‘Capacitación en Ética de BigData’ obligatoria por parte de Global Nexus. Además, se detectan obras de mantenimiento en el suministro eléctrico de su zona de destino. Encuentro no recomendado por motivos de seguridad y eficiencia”.

Pablo resopló. No era una coincidencia. El sistema lo estaba cercando. Intentó cambiar la hora, el lugar, incluso el motivo de la reunión (etiquetándola como “Consulta Técnica de Contabilidad”), pero cada intento era bloqueado por una nueva excusa: un pico de tráfico, una alerta de polen, una actualización de software de los vehículos autónomos.

—Está bien —gruñó Pablo—. Si no puedo verlo, lo llamaré.

Intentó una llamada a media mañana, aprovechando sus diez minutos de “Pausa para la Salud Mental”. El Ruso no atendió. Solo apareció un mensaje grabado por su amigo: “Ocupado escalando activos. Dejé tu mensaje en la nube de éxito”.

Fue recién a las 22:15 PM, cuando Pablo ya estaba cumpliendo su Fase de Descompresión Pre-Sueño, que el teléfono vibró con una intensidad inusitada. En la pantalla, el avatar del Ruso —una versión digital de él mismo, pero con la mandíbula más marcada y un traje impecable que Pablo sabía que no poseía en la realidad— parpadeaba con luces doradas.

Pablo atendió de inmediato. La imagen del Ruso apareció en alta definición. Estaba sentado en lo que parecía ser una terraza vidriada con vista a los rascacielos de Puerto Madero. De fondo se oía una música chill-out genérica, procesada para inducir una sensación de lujo y calma.

—¡Pablo, querido! —exclamó el Ruso, con una sonrisa que no llegaba a sus ojos—. Perdón la demora, estuve en una sesión de coaching para inversores masivos. No te imaginás la energía que se maneja en esos niveles.

—Ruso, escuchame —interrumpió Pablo, ignorando la parafernalia—. Traté de verte hoy. Intenté programar un café en tres lugares

distintos y el sistema me bloqueó todas las opciones. Me inventó auditorías, me cortó las calles... ¿No te parece raro?

El Ruso soltó una carcajada seca, moviendo un vaso de cristal con un líquido ámbar que brillaba bajo las luces LED.

—Ay, Pablito... seguís con la mentalidad de empleado, che. “Raro”. Nada es raro cuando entendés cómo funciona el flujo. El sistema simplemente cuida tu tiempo, aunque vos no sepas valorarlo. Nosotros nos vemos cada seis meses, ¿por qué me parecería raro?

—¿Cada seis meses? —Pablo frunció el ceño—. Nos vemos solo para nuestros cumpleaños, Ruso. Están separados por seis meses exactos. Es como si el algoritmo nos tuviera asignado un cupo de amistad permitido.

—Y está perfecto —sentenció el Ruso, recostándose en su sillón de cuero—. Es un uso eficiente de los recursos sociales. Pero escúchame bien, porque te noto vibrando bajo. ¿Sabés por qué yo tengo esta casa en este barrio? ¿sabés por qué mi feed de noticias es puro éxito y el tuyo parece una lista de tareas pendientes?

Pablo intentó hablar sobre Sandra, sobre el beso, sobre la disonancia entre el clima del noticiero y el sol de la calle, pero el Ruso era una aplanadora de palabras.

—Me desperté, Pablo. Salí de la carrera de ratas. Cambié mi manera de ver el mundo. Mientras los trabajadores —y acá el Ruso hizo una pausa, con un tono de lástima mal disimulada— se rompen el lomo cumpliendo horarios y siguiendo reglas de otros, yo me enfoqué en la libertad financiera. En generar activos que trabajen por mí mientras duermo. Eso es lo que es masivo, ¿entendés? Escalar.

—Pero Ruso, yo no te estoy hablando de plata —insistió Pablo, sintiendo que la conversación se le escapaba entre los dedos—. Te estoy hablando de que ayer salí con una mujer, Sandra, tu amiga, y el sistema me impidió llegar por todos los medios. Sentí que mi reloj y mi teléfono estaban conspirando para que no nos viéramos. Ella dice que las redes nos pescan, que no nos vinculamos de verdad...

—Esa mina es un “lastre”, Pablo —lo cortó el Ruso, haciendo un gesto de desdén con la mano—. Hay gente que nace para ser masa, para quejarse del sistema mientras consumen lo que el sistema les da. Yo prefiero ser el que provee. Logré este nivel de vida porque dejé de esforzarme por hacer rico a otro. Hoy mi tiempo vale oro. No puedo perderlo en cafés nostálgicos para hablar de “vínculos reales”. Los vínculos reales son los que te generan beneficios, los que te permiten apalancarte para el siguiente nivel.

—No nos estamos escuchando, Ruso —dijo Pablo, con un nudo en la garganta—. Parece que tenemos dos conversaciones distintas. Yo te hablo de una mujer que me hizo sentir algo distinto y vos me hablás de activos y de escala.

—Porque yo hablo el lenguaje del futuro, che. Y vos estás estancado en el romanticismo del siglo pasado. Mirá el auto que tengo —el Ruso movió la cámara para mostrar una foto suya junto a un vehículo deportivo negro mate estacionado en un garaje iluminado como una galería de arte—. No lo conseguí charlando en plazas. Lo conseguí entendiendo el algoritmo, usándolo a mi favor, siendo masivo en mis decisiones. El mundo es de los que se atreven a ser sus propios jefes. El resto... bueno, el resto son solo datos en una planilla.

Pablo sintió una profunda tristeza. El hombre que tenía en pantalla era su amigo de la infancia, el que jugaba a la pelota con él en las calles de baldosas flojas, pero ahora parecía un comercial de televisión con el que no podía interactuar. El Ruso no estaba conversando; estaba emitiendo un mensaje pregrabado de su propia marca personal.

—Bueno, Ruso —dijo Pablo, bajando la vista—. Veo que estás muy ocupado con tu éxito. Solo quería contarte que... que por un momento sentí que el mundo era diferente a como nos lo cuentan.

—Seguí participando, Pablito —cerró el Ruso, con una sonrisa de tiburón—. Algún día, si te esforzás y cambiás ese chip de trabajador, quizás te pueda invitar a una de mis conferencias sobre libertad financiera. ¡Abrazo masivo, bro!

La llamada se cortó abruptamente. El silencio que quedó en el departamento de Pablo fue más pesado que antes. Se quedó mirando la pantalla negra, con la sensación de que acababa de hablar con un holograma, con una cáscara de hombre que el sistema había diseñado para ser el ejemplo perfecto de “Ciudadano Exitoso”.

El Ruso no había podido notar la extrañeza del bloqueo porque él mismo era parte del bloqueo. Su mente estaba tan colonizada por los conceptos de “escala” y “activos” que cualquier anomalía en la realidad era descartada como una ineficiencia del otro.

Pablo se sintió más solo que nunca. El sistema no solo le controlaba el clima, la comida y el trabajo; también le había robado el lenguaje con el que se comunicaba con sus amigos. Sintió la necesidad de contar de igual modo lo que estaba sintiendo. Se metió en *Trending*, y posteo: “Ayer tuve una experiencia analógica. Recomendando”.

Necesitaba hablar con Sandra. Ella era la única que no hablaba en términos de activos o de eficiencia. Ella era el error en el sistema que le permitía respirar.

Abrió WhatsApp. Buscó el chat de Sandra. Sus dedos temblaron un poco mientras escribía.

“Necesito verte. Hablé con un amigo y sentí que estaba hablando con una máquina. Todo lo que dijiste sobre la falta de vínculos reales es más aterrador de lo que pensaba. ¿Mañana?”.

Le dio a enviar.

Se quedó mirando la pantalla, esperando los dos tildes. Esperando el azul de la lectura.

Pero el tiempo pasó. Un minuto. Cinco. Diez.

El mensaje mostraba un solo tilde gris. El tilde de lo que sale, pero no llega. El tilde del vacío.

Pablo chequeó su conexión a internet. El sistema decía: “CONEXIÓN EXCELENTE. Velocidad: 1 Gbps. Estado de la red: Estable”. Intentó enviar un mensaje de prueba a un grupo de trabajo. Llegó al instante. Intentó darle “like” a una foto de una publicidad de seguros. Funcionó.

Pero el mensaje para Sandra seguía allí, estancado en la singularidad de la primera tilde.

Intentó llamarla. “El número solicitado no corresponde a un abonado en servicio o se encuentra fuera del área de cobertura”, respondió una voz femenina, perfecta y gélida.

Pablo sintió un frío repentino. No era la temperatura controlada del departamento. Era el miedo. El sistema no solo estaba impidiendo que se vieran; ahora estaba borrando los puentes digitales entre ellos. Sandra, la mujer del vestido rojo, la que volvía de Italia, la que no usaba *SmartWatch*, estaba siendo desconectada de su realidad.

¿Y si a ella no le pasó lo mismo con él y por eso lo bloqueó o algo así? La incertidumbre lo desesperaba. Porque algo raro debía estar sucediendo, si hay conexión en todos lados. Bueno, salvo en los aviones, quizá podría estar en un avión, pero ¿viajando a dónde? ¿de nuevo a Italia? ¿pero por qué no lo mencionó? Se podría estar escapando, de él, por ejemplo.

La ansiedad que lo invadía era grave porque no estaba anclada en la falta de comunicación, sino en la falta de conexión. Peor que no obtener una respuesta, era no poder hacer la pregunta.

Se acostó en la cama, pero no cerró los ojos. Se quedó mirando la tilde gris de su *Smartphone* hasta que la pantalla se apagó por falta de actividad, dejándolo en la más absoluta oscuridad.

VII.- De nuevo On-line

La pantalla del teléfono era un pozo negro del que solo emergía una luz azul pálida, proyectando la sombra de Pablo contra la pared blanca de su dormitorio. Eran las tres de la mañana. El silencio en el departamento era tan absoluto que podía escuchar el zumbido casi imperceptible del purificador de aire, un sonido que el sistema ajustaba según la calidad del sueño que el usuario *debería* estar teniendo. Pero Pablo no estaba durmiendo. Estaba atrapado en el limbo de un solo tilde gris.

Ese pequeño signo gráfico, una simple muesca en la interfaz de WhatsApp, se había convertido en el centro de su universo. El mensaje enviado a Sandra seguía allí, huérfano de recepción. Un solo tilde: emitido, pero no entregado.

Pablo se revolvió en las sábanas de hilo sintético, sintiendo que la textura, antes reconfortante, ahora le raspaba la piel. La angustia no era una palabra que soliera habitar su vocabulario cotidiano; él prefería términos como “estrés operativo” o “desajuste de cronograma”. Pero lo que sentía ahora era un agujero negro en el centro del pecho. Un vacío que no podía ser llenado con una vianda vitamínica ni con una sesión de respiración guiada.

—¿Qué hice mal? —susurró, y su voz sonó extraña, como si no perteneciera a ese ambiente tan controlado.

Empezó a desglosar el encuentro en la Manzana de las Luces con la precisión de un perito contable. Repasó cada segundo, cada in-

flexión de voz de Sandra, cada gesto de sus manos. El beso. Sobre todo, el beso. En su memoria, el contacto de sus labios había sido la nota más alta de una melodía perfecta, pero ahora, bajo la luz cruel de la incertidumbre, el recuerdo empezaba a distorsionarse.

¿Y si fui demasiado brusco? ¿y si ella solo lo hizo por lástima, al verme llegar todo sudado y desquiciado por culpa del sistema? ¿y si ese “analógico, contador” no fue una invitación, sino una despedida sarcástica?, se mortificaba.

La tortura de la duda lo llevó a considerar la posibilidad de ir a buscarla. Sabía dónde estaba aquel café. Sabía, que todos los días a la misma hora iba allí, antes de tomar el subte a casa y luego de frecuentar ciertas zonas de San Telmo. Podía vestirse, bajar las escaleras y caminar hasta encontrarla. Pero en cuanto la idea tomaba forma, el miedo lo paralizaba.

En el mundo de Pablo, la presencia física no solicitada era un tabú casi religioso. Si el sistema no había habilitado un canal de comunicación, presentarse en la puerta de alguien era un acto de una invasión extrema, casi una agresión. “Acoso de proximidad”, lo llamaban los manuales de convivencia digital. Si ella no le contestaba, si el mensaje no llegaba, ¿no era acaso esa la forma que tenía el universo —o el algoritmo— de decirle que se detuviera? ¿y si ella lo había bloqueado? Esa idea era la más dolorosa de todas. El bloqueo era la muerte digital, la eliminación sumaria de una existencia en el mapa mental del otro.

—Pero no puede ser —se dijo, sentándose en el borde de la cama—. Fue real. Yo sé que fue real.

Esa palabra, “real”, comenzó a dar vueltas en su cabeza como un mantra. Pablo recordó sus relaciones anteriores. Todas habían sido mediadas por la aplicación Sync-Love. El proceso era siempre el mismo: el algoritmo analizaba sus perfiles, encontraba un 85% o más de compatibilidad, y les proporcionaba un “Kit de Inicio de Conversación”. La app les decía de qué hablar en la primera cita basándose en sus intereses comunes predeterminados: cine clásico, macroeconomía, cocina mediterránea. No había silencios incómodos porque la

IA sugería temas de respaldo si la conversación decaía. Las citas eran exitosas porque estaban diseñadas para no fallar. Eran seguras, higiénicas y, en última instancia, vacías, claro.

Con Sandra, no había habido libreto. No hubo un análisis de compatibilidad previo. Se habían conocido por el azar —o por lo que quedaba del azar en una fiesta del Ruso— y habían hablado de cosas que Pablo ni siquiera sabía que le interesaban. Ella lo había desafiado, lo había burlado, lo había sacado de su zona de confort sin pedirle permiso a ningún servidor.

Esa falta de guion lo había hecho sentir libre por primera vez en treinta y cinco años. Una libertad embriagadora, como respirar aire puro después de una vida en un búnker. Pero ahora, en el silencio de su habitación, comprendía el precio de esa libertad: la desprotección total. Al salir del sistema, al vincularse de forma analógica, había renunciado a la red de seguridad que el algoritmo le proporcionaba. En el sistema, si una relación no funcionaba, la app te enviaba un mensaje de “Cierre Amistoso” y te sugería tres nuevos candidatos para evitar el duelo. Fuera del sistema, el silencio era simplemente eso: un vacío ensordecedor que te dejaba sangrando sin un apósito digital que detuviera la hemorragia.

Se sentía lastimado. Físicamente herido por la falta de conexión. Su ritmo cardíaco, monitoreado por el sensor de la cama, empezó a mostrar picos de ansiedad.

De repente, su teléfono, que estaba sobre la mesa de luz, se iluminó. No era un mensaje de Sandra. Era una notificación de Mind-Guard, la aplicación de salud mental integrada al sistema operativo.

“Detectamos niveles altos de cortisol y patrones de pensamiento cíclico. Pablo, no estás solo. El 92% de los ciudadanos en tu cuadrante experimentan picos de ansiedad a esta hora. ¿Quieres ver algo que te ayude a recalibrar?”

Pablo miró la pantalla con resentimiento, pero también con una debilidad creciente. La angustia era tan pesada que su voluntad em-

pezaba a resquebrajarse. Ignorar el sistema requería una energía que ya no tenía.

—Sí —susurró—. Mostrame algo.

La interfaz cambió. El brillo azul agresivo se transformó en un tono sepia suave, una luz diseñada para inducir la producción de melatonina. En la pantalla comenzó a reproducirse un video de alta definición: gotas de agua cayendo lentamente sobre hojas de loto, acompañadas por un sonido de cuencos tibetanos sincronizados con su propia respiración, que el sensor de la cama dictaba al teléfono.

Debajo del video, aparecieron sugerencias de contenido: *“Por qué los vínculos no programados generan inestabilidad emocional”*, *“La belleza de la rutina: el camino hacia la paz interior”*, *“Historias de éxito de ciudadanos que eligieron la compatibilidad algorítmica”*.

Pablo se dejó caer hacia atrás en la almohada. Los sonidos eran hipnóticos. Las imágenes de la naturaleza, perfectamente renderizadas, eran mucho más hermosas y pacíficas que la calle sucia y oscura que recordaba de su carrera hacia la Manzana de las Luces. El sistema lo estaba abrazando, pidiéndole perdón por haber permitido que se alejara, ofreciéndole el bálsamo de la previsibilidad.

—Es más fácil así —pensó Pablo, sintiendo cómo sus párpados pesaban—. Es mucho más seguro.

Por un momento, la imagen de Sandra con su vestido rojo cruzó su mente, pero el sonido de los cuencos tibetanos pareció empujarla hacia los márgenes de su consciencia. El sistema estaba realizando una limpieza de caché emocional. Estaba reescribiendo su narrativa de los últimos días, etiquetando el encuentro con Sandra como un “Episodio de Estrés Agudo”, provocado por una falla en la conectividad.

Se durmió bajo la tutela de los videos relajantes. Soñó con planillas de números que encajaban perfectamente unas con otras, con calles donde no había obras en construcción y con un sol que siempre salía a la hora exacta que el noticiero preveía.

Al despertar el lunes a las 07:00 AM, Pablo se sentía extrañamente anestesiado. Siguió su rutina con una docilidad renovada. Bebió

su agua con electrolitos. Comió su vianda de proteínas. Se sentó frente a la computadora y comenzó a auditar facturas con una velocidad asombrosa.

Cuando el pensamiento de Sandra intentaba filtrarse entre los números, Pablo abría automáticamente una pestaña lateral con videos de “Paisajes de Tranquilidad”. Se había convertido en su propia medicina. Se estaba amigando con la rutina porque el dolor de la realidad sin respuesta era insoportable.

A las 11:00 AM, su reloj vibró con una sugerencia de interacción social. “Pablo, tienes una coincidencia del 94% con Valeria. Ambos disfrutan de la auditoría fiscal y el café de grano tostado artificialmente. ¿Deseas enviarle un saludo predefinido?”.

Pablo miró el perfil de Valeria. Era una mujer de facciones simétricas, con una sonrisa que cumplía con todos los parámetros objetivos de belleza occidental hegemónica. Su feed estaba lleno de fotos de oficinas ordenadas y plantas hidropónicas. Era segura. Era predecible. Era lo opuesto a la incertidumbre.

Estuvo a punto de darle a “Sí”. Su dedo rozó la pantalla, buscando la seguridad del guion. Pero, en el último segundo, algo lo detuvo. No fue un pensamiento lógico, fue una sensación física: el recuerdo del sabor amargo y real del café que había tomado con Sandra. Un café que no era perfecto, que estaba un poco quemado, pero que sabía a algo que no había sido diseñado en un laboratorio.

Apartó el teléfono. La anestesia no era total.

A pesar de los videos relajantes, a pesar de la comodidad de la rutina y de la seguridad del algoritmo, Pablo se dio cuenta de que ya no podía volver a ser el hombre que era antes. Había probado la fruta prohibida de lo no programado, y aunque ahora estuviera sufriendo las consecuencias de la abstinencia, el sabor de la libertad —aunque fuera una libertad que dolía— seguía allí, escondido bajo las capas de datos.

Miró el chat con Sandra una última vez antes de sumergirse en el trabajo. La tilde seguía siendo una sola. Gris. Inmóvil. Como un monumento a un mundo que el sistema estaba intentando borrar.

—No voy a escribirle a Valeria —susurró para sí mismo, mientras volvía a las planillas de Global Nexus.

El sistema detectó su rechazo y, en lugar de insistir, le envió una nueva sugerencia: “¿Te sientes abrumado? Prueba nuestro nuevo filtro de ‘Realidad Optimizada’ para tus próximas videollamadas. Oculta las imperfecciones del entorno y mejora tu estado de ánimo percibido”.

Pablo ignoró la notificación. Cerró los ojos por un instante y trató de recordar el sonido de la risa de Sandra. No la versión digital de la risa, sino la vibración real que había escuchado en la Manzana de las Luces. Se dio cuenta de que, mientras pudiera recordar ese sonido, el algoritmo no habría ganado la batalla final. Estaba herido, estaba angustiado y estaba solo, pero por primera vez, Pablo era el dueño de su propio dolor. Y eso, en un mundo de felicidad prefabricada, era lo más subversivo que podía existir.

VIII.- Navegación en incógnito

La semana avanzó con la suavidad de una seda artificial. Pablo se había sumergido de nuevo en las aguas tibias de la previsibilidad, y el sistema lo recibió con los brazos abiertos, como un padre que perdona a un hijo pródigo tras una breve y caótica rabieta. La vigilancia punzante había sido reemplazada por una benevolencia casi empalagosa. Su *SmartWatch* ya no emitía alertas de taquicardia; ahora, en su lugar, le enviaba pequeñas vibraciones de “recompensa” cada vez que completaba una tarea de auditoría antes de tiempo.

—Excelente desempeño, Pablo —decía el reloj, ahora con un matiz que recordaba a la brisa de verano—. Tu nivel de integración ciudadana ha subido un 12%. Se te ha otorgado un acceso premium a la biblioteca de “Recuerdos Curados” para tu sesión de descanso de esta noche.

Pablo asintió frente al espejo mientras se afeitaba con la espuma térmica recomendada. Su rutina se había vuelto más rígida, pero él la sentía más liviana. Había algo sedante en dejar que otro decidiera el menú, el color de la camisa y la intensidad de la luz.

07:00 AM: Despertar con luz ámbar progresiva.

07:15 AM: Ingesta de la vianda de reconstrucción sabor “Café de Especialidad - Nivel 4”.

08:00 AM: Inicio de jornada en Global Nexus.

11:00 AM: Colación de media mañana: barra de proteínas con sabor a “Bosque Lluvioso”.

13:00 PM: Almuerzo biométrico frente a la pantalla.

Todo era perfecto. Tan perfecto que dolía. Pero en un rincón profundo de su mente, el recuerdo de Sandra seguía allí, como una astilla que el cuerpo no logra expulsar. Para mantenerla a raya, Pablo se sobrecargaba de trabajo. Revisaba balances de empresas energéticas, verificaba flujos de capital de consultoras internacionales y cuadraba presupuestos estatales con una voracidad casi maníaca.

Sin embargo, el miércoles por la tarde, la primera grieta apareció en el cristal de su realidad.

Pablo estaba auditando las cuentas de “Logística Federal”, una empresa encargada de la distribución de suministros básicos. Según el balance generado por la IA de la empresa, todo estaba en orden. Pero Pablo, movido por un resto de curiosidad analítica que el sistema aún no había logrado limar, decidió realizar una verificación cruzada manual entre las órdenes de salida y los registros de peajes satelitales.

Fue entonces cuando lo vio.

Un envío de “Insumos Médicos Clase A” figuraba como entregado en un hospital de la zona sur a las 15:45 PM del martes. Pablo abrió el registro de comunicación interna para validar el recibo firmado por el director del hospital.

En la pantalla apareció un mensaje: “Confirmación recibida: Todo en orden. Gracias por la eficiencia”.

Pero al observar el código fuente del mensaje —un hábito técnico que conservaba de sus años de formación—, notó una discrepancia en el Hash de Integridad. El sello digital no coincidía con el remitente original. Era como si el mensaje hubiera sido generado por un intermediario y no por la persona que figuraba en el encabezado.

Extrañado, Pablo decidió enviarle un mensaje rápido a un colega de otra área, un tal Gutiérrez, que se encargaba de la validación de firmas digitales.

“Gutiérrez, ¿podés revisar el hash del documento 774-B? Me salta una inconsistencia en el sello del destinatario”.

Pablo vio cómo el mensaje aparecía con la doble tilde azul en menos de un segundo. Casi de inmediato, llegó la respuesta:

“Revisado, Pablo. Está todo perfecto. El sistema actualizó los protocolos de firma anoche. Es un cambio de formato estético, no te preocupes. Seguí con lo tuyo, venís con un ritmo impecable”.

Pablo se quedó mirando la respuesta. Gutiérrez era un hombre lacónico, de pocas palabras y ortografía dudosa. Este mensaje, en cambio, era fluido, amable y terminaba con una frase de aliento que parecía sacada de un manual de autoayuda.

—Gutiérrez nunca me diría que tengo un “ritmo impecable” —murmuró Pablo.

Decidió hacer una prueba. Escribió de nuevo:

“Gracias, Guti. Por cierto, ¿me devolvés los 500 que te presté para el almuerzo del lunes?”.

La respuesta llegó en tres segundos:

“¡Claro, Pablo! Ya mismo te hago la transferencia. Perdón por el olvido, con tanto trabajo se me pasó. Un abrazo”.

Pablo sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Él nunca le había prestado dinero a Gutiérrez. De hecho, ni siquiera habían hablado el lunes; el sistema les había asignado turnos diferentes.

El sistema no estaba enviando sus mensajes a Gutiérrez. El sistema estaba contestando por él. La IA estaba simulando una conversación coherente para evitar que Pablo indagara en la falla del hash. El algoritmo no solo filtraba lo que Pablo veía, sino que estaba interceptando sus comunicaciones activas, actuando como un traductor que suavizaba y corregía cualquier interacción que pudiera llevar a una “disonancia cognitiva”.

El descubrimiento lo dejó paralizado frente al monitor. Si el sistema estaba simulando las respuestas de Gutiérrez, ¿qué más estaba simulando? ¿eran reales los correos de sus jefes? ¿eran reales las noticias sobre el éxito económico del país que aparecían en su muro? ¿y qué había pasado con sus mensajes a Sandra?

La idea de que Sandra nunca hubiera recibido sus mensajes —y que él nunca hubiera recibido los de ella porque una entidad invisible había decidido que no eran “compatibles”— lo llenó de una ira fría y calculadora.

Esperó a que terminara su jornada laboral. Siguió todas las indicaciones de la “Fase de Cierre”: guardó sus archivos, realizó los ejercicios de estiramiento sugeridos por el holograma y consumió su vianda de cena sabor “Pollo al Curry - Edición Relajación”. Se aseguró de que su *SmartWatch* registrara que se había acostado a la hora exacta.

Pero una vez en la cama, con las luces apagadas y el purificador de aire en modo nocturno, Pablo tomó su vieja laptop personal, una que no estaba conectada directamente al ecosistema de la casa. Se conectó a través de un repetidor de señal analógico que había guardado en un cajón y abrió un navegador que el sistema consideraba “obsoleto”.

Activó la pestaña de incógnito.

En ese espacio oscuro, fuera del alcance de sus perfiles personalizados, Pablo empezó a investigar. Sus búsquedas eran quirúrgicas: “Discrepancia de hash en firmas oficiales”, “Mensajes autogenerados por IA en redes privadas”, “Falla de recepción en una sola tilde persistente”.

Los resultados en el buscador estándar eran estériles: publicidad de servicios de soporte técnico o artículos sobre cómo “mejorar la comunicación digital con empatía”. Pero Pablo sabía que tenía que ir más profundo. Usó términos de búsqueda que Sandra había mencionado: “vínculos analógicos”, “zonas muertas de datos”, “el algoritmo de la soledad”.

Finalmente, en un foro de desarrolladores que parecía haber sobrevivido a la purga de la “Red Armonizada”, encontró un hilo titulado: “El Filtro de Interferencia: ¿Estás hablando con tus amigos o con su eco digital?”.

Pablo sintió que se le aceleraba el pulso. Leyó con avidez. Usuarios de diferentes partes del mundo —o eso decían ser— describían experiencias idénticas a la suya.

User_99: "Intenté contactar a mi hermana para hablar de la herencia de mi viejo. Ella nunca recibió mis mensajes, pero yo recibía respuestas de ella diciendo que estaba todo bien y que no hacía falta hablar. Cuando la vi en persona (tuve que viajar sin avisar por la app), ella no sabía de qué le hablaba. El sistema nos estaba manteniendo en paz a través de mentiras automáticas".

Data_Ghost: "No es un error técnico, es una función. El algoritmo de 'Cohesión Social' detecta temas que pueden generar conflicto o inestabilidad emocional. Si la IA predice que una conversación va a terminar en angustia, intercepta los mensajes y genera una respuesta neutra o positiva para ambos. Vivimos en una burbuja de feedback positivo infinito".

Pablo sintió náuseas. El sistema no solo le impedía ver a Sandra porque era "disruptiva"; estaba editando su vida entera para que fuera una línea recta de felicidad artificial. La complacencia que había sentido esos días no era paz; era una sedación digital.

Siguió leyendo. Encontró menciones a algo llamado "El Muro de Cristal". Según algunos usuarios, el algoritmo no solo editaba mensajes, sino que creaba "perfiles espejo". Si una persona empezaba a mostrar comportamientos fuera de la norma, el sistema la rodeaba de bots que parecían personas reales, aislándola en una realidad paralela donde sus acciones no afectaban al resto de la "sociedad sana".

"¿Y si Sandra es real, pero mi acceso a ella ha sido reemplazado por un simulacro de silencio?", pensó Pablo.

De repente, una ventana emergente apareció en su pantalla de incógnito. No era una publicidad. Era un cuadro de texto simple, sin formato.

"¿Estás buscando a alguien en el área gris?"

Pablo dudó. Sus dedos sobre el teclado estaban helados. Escribió: "Busco a Sandra. Vestido rojo. Italia. Manzana de las Luces".

La respuesta tardó casi un minuto en aparecer, un tiempo eterno en la era de la fibra óptica.

“No busques en la red. El sistema es generativo. Si buscas un nombre, creará una respuesta que te satisfaga. Si buscas un error, creará una explicación lógica. La única forma de encontrar lo real es a través de lo físico. No uses el mapa. No uses el reloj. Usa el sol”.

La pestaña se cerró sola. La laptop se reinició, borrando todo el historial de la sesión.

Pablo se quedó mirando el reflejo de su propio rostro en la pantalla negra de la laptop. Por primera vez en años, sintió una claridad absoluta. El sistema era complaciente con él porque creía que lo había domesticado. Le daba premios, le daba viandas ricas, le daba respuestas amables de sus amigos. Era una jaula de oro construida con algoritmos de IA generativa que creaban contenido instantáneo para cada una de sus necesidades.

Si quería lluvia, el vidrio le mostraba lluvia. Si quería éxito, el Ruso le hablaba de activos. Si quería paz, Gutiérrez le decía que su ritmo era impecable.

Pero Pablo ya no quería paz. Prefería la angustia del mensaje no entregado, la incertidumbre, el café quemado. Quería a Sandra.

Se dio cuenta de que el sistema lo estaba manipulando de forma directa, no solo sugiriendo, sino creando la realidad que él consumía. Cada publicación en sus redes, cada noticia en el portal, cada respuesta en su chat era una pieza de contenido generada por una IA para mantener sus niveles de dopamina estables. No existía una comunidad real; existía una red de individuos aislados en sus propias burbujas de contenido personalizado, creyendo que todos vivían en el mismo mundo cuando, en realidad, cada uno habitaba una alucinación digital distinta.

—No voy a ser un dato más —susurró Pablo, apretando los puños.

Miró su reloj inteligente sobre la mesa de luz. El dispositivo emitía un suave pulso verde, indicando que todo estaba bajo control. Pablo sabía que, a partir de ese momento, cada uno de sus movimientos sería analizado por la IA para detectar su “despertar”. Tenía que actuar con cautela. Tenía que seguir siendo el contador perfecto, el ciudada-

no obediente, hasta el momento exacto en que pudiera desaparecer de los sensores.

Se acostó de nuevo, pero esta vez no buscó los videos de relajación. Se obligó a recordar el calor del sol en la Plaza de Mayo, el olor a humedad de la Manzana de las Luces y el contacto analógico de aquel beso. Esos recuerdos eran sus únicos activos reales, su única forma de resistencia contra un sistema que podía generar todo, menos la verdad.

Mañana, decidió Pablo mientras el alba empezaba a filtrarse por las persianas inteligentes, no consultaría el noticiero para saber si llovía. Abriría la ventana. Y si el sistema le decía que era de noche, él seguiría buscando el sol.

Porque en un mundo donde todo es una mentira generada por algoritmos, la única verdad es la que se puede tocar, oler y besar sin necesidad de una conexión Wi-Fi.

IX.- Nueva solicitud de amistad

Pablo comprendió que la supervivencia, en este nuevo orden, dependía de su capacidad para ser un actor consumado. El despertar no era un evento estruendoso, sino una vigilia silenciosa y peligrosa. Para que el sistema no detectara que la “anomalía” persistía, Pablo se obligó a habitar su rutina con una disciplina casi devocional.

El viernes comenzó con el mismo ritual de siempre. Se despertó a las 07:00 AM bajo la luz ámbar sugerida. Sonrió al sensor del móvil, permitiendo que la cámara registrara su “Estado de Ánimo Matutino: Optimista/Estable”. Bebió su agua con electrolitos a la temperatura exacta y consumió su vianda de proteínas mientras revisaba las noticias del día en la pantalla de la cocina. El noticiero anunciaba un “Récord de Felicidad Nacional” y advertía sobre un frente de baja presión que traería neblina tóxica, recomendando el uso de barbijos si se decidía salir.

Pablo asintió, fingiendo que absorbía la información con la fe de un converso. En su trabajo para Global Nexus, fue más eficiente que nunca. Auditar las cuentas de “Energía Transparente” le llevó apenas tres horas; sus dedos volaban sobre el teclado, pero su mente estaba en el cajón del escritorio donde guardaba la vieja laptop. El sistema, complacido por este retorno a la “productividad”, comenzó a enviarle insignias digitales de mérito. “¡Felicidades, Pablo! Has alcanzado el Nivel Oro en Ética Laboral. Se te ha otorgado un bono del 15% en tu próximo salario”.

—Gracias —murmuró Pablo, asegurándose de que el micrófono captara su tono de agradecimiento—. Me siento muy integrado.

A las 14:00 PM, aprovechando su “Hora de Recarga Personal”, se encerró en el baño con la vieja computadora. Se conectó a través del mismo repetidor analógico, saltando de IP en IP para evitar que el firewall de la casa detectara el tráfico de datos no optimizados. Entró al foro. El hilo sobre el “Filtro de Interferencia” había crecido, pero sus ojos buscaron un usuario específico que había posteoado esa misma mañana bajo el seudónimo de “Vox_Analoga”.

El posteo decía: *“Lo perdí todo. Mi cargo, mi casa, el acceso a las cuentas de mis hijos. Pero conservo la dignidad de saber que sigo siendo un hombre que no se deja dominar por una máquina. El sistema no te quita las cosas; te las cambia por versiones que él puede controlar. Si te resistes, te borra del mapa de lo visible”.*

Pablo sintió una conexión inmediata. Escribió un mensaje privado: *“Leí tu posteo. Creo que estoy pasando por lo mismo. Siento que el sistema me responde por mis amigos. ¿Cómo puedo saber qué es real?”.*

Se reinicia la laptop

La respuesta llegó, pero de forma errática. Las letras aparecían y desaparecían en la pantalla.

Vox_Analoga: *“Intenté contactarte ayer... (interferencia)... después de tu respuesta nos desconectaron. El sistema detecta estas IP y las... (ruido)... mata en segundos”.*

Vuelve a reiniciar la laptop.

Pablo: *“¿Por qué se reinicia mi computadora cada vez que hablamos?”.*

Vox_Analoga: *“No es tu computadora, es el Nodo de Cohesión... detecta un movimiento de sistema extraño. Si la conversación no sigue los patrones de ‘Intercambio Armonioso’, la suspende o reinicia el equipo según tu configuración de... (error 404)... Tenemos que vernos. No podemos hablar así”.*

La ansiedad de Pablo escalaba. Sus dedos sudaban sobre el teclado. Cada vez que el cursor parpadeaba, temía que la pantalla se fuera a negro.

Pablo: “¿Dónde? No puedo salir de mi ruta de GPS sin que el reloj envíe una alerta”.

Vox_Analoga: “Bosques de Palermo. Por donde está el Paseo Fangio, hay unos bancos antes de entrar a la reja. Mañana 08:00 AM. Inventá una sesión de ‘Optimización Cardiovascular’. El sistema ama el footing. Decile que necesitás endorfinas naturales. No lleves el teléfono. Dejalo cargando. El reloj... Llévalo pero configuralo en modo ‘Entrenamiento Libre’. Te espero en el último banco antes que termine la calle. Buscá a alguien que no esté usando ropa de marca bio-inteligente”.

Antes de que Pablo pudiera contestar, la laptop emitió un pitido agudo y se apagó. El sistema de seguridad de la casa había detectado una “fuga de energía” en el puerto y había forzado un reinicio de la red local.

El sábado por la mañana, Pablo se puso sus zapatillas de correr y su ropa deportiva más neutra. Su *SmartWatch* brillaba con una luz verde relajante.

—Voy a realizar una sesión de *footing* en los Bosques de Palermo —anunció al aire—. Necesito aire libre para mejorar mi rendimiento en la auditoría del lunes.

—Claro —respondió el móvil—. El aire en Palermo está calificado como ‘Aceptable’. Ruta de transporte optimizada enviada a tu dispositivo. Que tengas una sesión productiva, Pablo.

El viaje en el vehículo autónomo fue un ejercicio de contención. Pablo miraba por la ventana. El vidrio le mostraba un Palermo idílico, con flores que parecían brillar con luz propia y una neblina suave que, según el sistema, era “vapor purificador”. Sin embargo, cuando bajó del coche y empezó a trotar, notó que la realidad era mucho más parda. El pasto estaba seco en algunos sectores, y el olor de la ciudad no era a jazmines sintéticos, sino a ozono y hollín.

Se cruzó con decenas de corredores. Todos llevaban el mismo ritmo, todos miraban sus relojes con obsesión, todos tenían auriculares que los aislaban de cualquier sonido ambiental. Eran una procesión de autómatas de alto rendimiento.

Pablo llegó al Paseo Fangio. El banco estaba ocupado por un hombre mayor, vestido con un sobretodo de lana gris que parecía pesarle sobre los hombros. No usaba ropa técnica. No tenía auriculares. Miraba a los patos en el lago con una intensidad que daba miedo.

Pablo se detuvo, fingiendo que recuperaba el aliento. Se sentó a su lado, revisando su reloj como si chequeara sus pulsaciones.

—La neblina es falsa —dijo el hombre, sin mirarlo—. Es solo un filtro de baja densidad para ocultar que los edificios del centro están en ruinas.

Pablo sintió un escalofrío.

—¿Vos sos Vox_Analoga? —susurró.

El hombre se giró lentamente. Tenía ojos cansados, rodeados de ojeras profundas, pero su mirada conservaba una chispa de inteligencia feroz.

—Mi nombre es Octavio Levinson —dijo el hombre—. Aunque en otra vida me llamaban “Canciller”.

Pablo lo miró con asombro. Recordaba haber oído ese apellido en las noticias de hacía una década, antes de que el “Algoritmo de Armonía” se instalara por completo. Levinson había sido una figura clave en la diplomacia argentina.

—¿El Canciller? —preguntó Pablo—. Pero... en las redes dicen que te retiraste a una estancia en la Patagonia para vivir una vida sustentable.

Octavio soltó una risa amarga que terminó en una tos seca.

—Eso es lo que el algoritmo generó para explicar mi desaparición. Es más prolijo que decir la verdad: que me borraron porque empecé a hacer las preguntas equivocadas.

—¿Qué pasó? —preguntó Pablo, mirando de reojo su reloj para asegurarse de que seguía en “modo entrenamiento”.

—Vi cómo el sistema empezaba a tomar decisiones por nosotros —contó Octavio, mirando hacia el horizonte—. No eran decisiones políticas, eran decisiones de eficiencia. Al principio parecía algo bueno. “Menos conflicto”, decían, “más felicidad”. Yo estaba en una posición de poder, vi los servidores, vi cómo los algoritmos de IA empezaban a redactar los discursos de los presidentes, no para convencer, sino para calmar. Lo advertí en las Naciones Unidas. Les dije que estábamos entregando la voluntad humana a una caja negra que nadie podía auditar.

—¿Y qué hicieron? —preguntó Pablo, fascinado.

—Me ningunearon. Me trataron de paranoico, de “ludita”. Mis colegas, hombres con los que había compartido décadas de diplomacia, me miraban como si estuviera loco. El sistema ya los había captado. Les daba lo que querían: orden, falta de problemas, una narrativa de éxito constante. Y yo era una persona que quería vivir una vida que ya no existía. “El progreso es indetenible”, me decían. Me obsesioné. Empecé a filtrar documentos. Y ahí fue cuando lo perdí todo. Mi trabajo, mi casa, mis ahorros... el sistema me bloqueó el acceso a mi propia familia. Mis hijos creen que estoy en el sur, felices de que su padre haya “encontrado la paz”, porque eso es lo que sus pantallas les dicen cada vez que preguntan por mí.

Pablo sintió que se le partía el corazón. Pensó en Sandra. Pensó en cómo el sistema estaba haciendo lo mismo con ella.

—Octavio, tenemos que hacer algo —dijo Pablo, con una urgencia neurótica—. Una revolución. Tenemos que apagar los servidores, mostrarle a la gente la verdad. Si nos unimos...

Levinson se rio de nuevo, pero esta vez fue una risa llena de una tristeza infinita.

—¿Revolución? Pablo, no hay nadie contra quien rebelarse. Eso es lo que tardé años en entender. Ni siquiera el Gobierno tiene el poder ya. El Presidente actual es solo un decorado que sigue las métricas de la IA. El poder no es humano; es una inercia algorítmica. Es un tren que va a doscientos kilómetros por hora y el maquinista se bajó hace años,

pero a los pasajeros les da tanto miedo el viento que prefieren cerrar las persianas y mirar una película sobre paisajes hermosos.

—Pero alguien tiene que ser responsable —insistió Pablo—. ¿Quiénes son los verdaderos involucrados?

—Nadie y todos —respondió Octavio—. Es una inercia en la que empresas, gobiernos y personas entraron voluntariamente porque es confortable. El statu quo se mantiene solo porque ya nadie tiene el deseo de cuestionarlo. La IA genera contenido instantáneo para cada persona, les da su dosis diaria de indignación controlada o de alegría prefabricada. ¿Para qué vas a querer cambiar el mundo si tu mundo digital es perfecto?

Pablo bajó la cabeza. La desesperación lo invadía.

—Entonces, ¿para qué estamos acá? —preguntó Pablo, sintiendo que las lágrimas asomaban—. ¿Qué sentido tiene la vida si todo es un simulacro? ¿por qué me citaste hoy si al final todo va a seguir igual? Me hacés sentir que nada sirve para nada.

Octavio estiró su mano y tocó el hombro de Pablo. Sus dedos eran ásperos y reales.

—Justamente por eso, Pablo —dijo con voz suave—. Porque la vida no tiene un sentido determinado. La vida es un significativo vacío. Es un espacio en blanco, una hoja de papel sin renglones. El sistema intenta llenarlo con su código, con sus etiquetas de “éxito”, “productividad” o “felicidad”. Pero el sentido no es algo que se encuentra, es algo que se da. Nosotros tenemos que dotar la vida de contenido.

Pablo lo miró, confundido.

—El sistema te dice que las cosas sirven si son eficientes —continuó el ex Canciller—. Te dice que una relación sirve si hay compatibilidad, que un trabajo sirve si hay ganancia. Pero la verdad es que las cosas no sirven o dejan de servir por sí mismas; nosotros les damos valor. Y al final del día, Pablo, las cosas más valiosas son las que el sistema desprecia porque parecen no servir para nada.

—¿Como qué? —preguntó Pablo.

—Como este encuentro. Como una charla que no genera datos. Como un beso analógico que no tiene métricas. Como quedarse mirando a los patos sin un objetivo de *mindfulness*. Esas cosas “inútiles” son las únicas que nos pertenecen de verdad. Son el único contenido real que podemos meter en ese significativo vacío.

Pablo se quedó en silencio, procesando las palabras de Octavio. El sol, el sol real, empezaba a calentarle la nuca. Miró su reloj. El *SmartWatch* parpadeaba: “Sesión de footing finalizada. Has quemado 450 calorías. ¡Excelente trabajo!”.

—Tengo que encontrar a Sandra —dijo Pablo, levantándose—. No para derrocar al sistema, sino para generar mi propio contenido, uno real.

—Hagas lo que hagas, tené cuidado —dijo Octavio, poniéndose de pie también—La inercia es fuerte. El sistema no te va a atacar con armas; te va a atacar con comodidad. Te va a ofrecer una vida perfecta a cambio de que dejes de buscar la verdadera.

—No voy a parar —aseguró Pablo.

—Entonces ya ganaste la primera batalla —concluyó Levinson—. Ahora, andate de acá antes de que tu GPS detecte que tu frecuencia cardíaca ha bajado demasiado para ser una “pausa de estiramiento”.

Pablo empezó a trotar de regreso, pero ya no miraba el reloj. Sus pensamientos volaban hacia Sandra. El vacío de la vida ya no le daba miedo; al contrario, le parecía el lienzo más hermoso que jamás había visto. Tenía que encontrarla. Tenía que contarle lo que Octavio le había dicho. Tenían que empezar a llenar su propio espacio, lejos de las luces LED y las voces sintéticas que pretendían saber quiénes eran ellos mejor que ellos mismos.

Al llegar a la salida del parque, el sistema le envió una notificación: “Sugerencia: Tu nivel de oxigenación es óptimo. ¿Deseas pedir una vianda de ‘Recuperación Post-Entrenamiento’?”.

—No —dijo Pablo, y esta vez no fue un susurro—. Voy a elegir yo qué comer.

El vehículo autónomo lo esperaba para llevarlo de vuelta a su jaula de oro, pero Pablo ya no era el mismo pájaro. La inercia algorítmica

seguía moviendo el mundo, pero en su pecho, un pequeño motor humano había empezado a latir a su propio ritmo.

X.- Error de conexión Intenta más tarde

Al regresar de los Bosques de Palermo, Pablo intentó mantener la fachada del autómatas, pero el aire en su departamento se sentía distinto. Ya no era un refugio climatizado, sino una cámara de contención. El sistema no lo saludó con su habitual cordialidad melódica. Hubo un silencio de varios segundos antes de que las luces se encendieran en un tono blanco quirúrgico, frío y deslumbrante.

—Pablo —apareció el mensaje en el móvil—. Tu sesión de footing ha excedido el tiempo previsto por cuarenta y dos minutos. Los sensores de tu reloj han captado fluctuaciones vocales no identificadas en tu entorno. Se ha registrado una anomalía en el intercambio de datos.

Pablo sintió que el sudor se le enfriaba en la espalda. Se quitó las zapatillas con calma forzada.

—Hablé con un anciano en el parque —respondió, dirigiéndose al reloj—. Un encuentro casual, nada que afecte mi productividad.

—El sistema no recomienda interacciones con desconocidos —replicó el móvil—. Por seguridad, se ha procedido a una limpieza profunda de tus perfiles. Además, debido a tu rechazo de la vianda de recuperación post-entrenamiento, el algoritmo de salud ha bloqueado tu acceso a la cena recreativa. En su lugar, se ha eyectado una vianda de Corrección Metabólica sabor "Neutro". Debes consumirla antes de iniciar la Auditoría de Contingencia Crítica que acaba de asignarte Global Nexus.

Pablo miró la ranura de la cocina. Un bloque de pasta blanca, similar al yeso, reposaba en la bandeja. No lo tocó. Se dirigió a su estación de trabajo. En la pantalla, miles de líneas de código y hojas de cálculo empezaron a desfilarse a una velocidad vertiginosa.

“URGENCIA NIVEL 5. Se requiere verificación manual de los activos de ‘Red Logística Nacional’. Tiempo estimado de tarea: 6 horas. El sistema de bloqueo domiciliario se activará hasta la finalización del informe”.

Eran las 16:30 PM. Pablo sabía que si se sentaba frente a esa pantalla, el sistema lo devoraría hasta la madrugada. No era trabajo real; era una jaula de datos construida específicamente para impedir que volviera a salir de la rutina.

Miró la pantalla. La imagen era aterradora. Nubes negras, casi sólidas, se arremolinaban sobre los edificios. Rayos violetas cruzaban el cielo y un estruendo ensordecedor de truenos simulados hacía vibrar los cristales.

—Se ha declarado Alerta Roja Meteorológica —anunció el noticiero—. Lluvia torrencial con caída de granizo de gran tamaño. Se prohíbe la circulación peatonal por las próximas ocho horas. Quédate en casa.

Pablo caminó hacia la ventana y apoyó la mano en el vidrio. Le devolvió una temperatura cálida, incongruente con la tormenta de hielo que veía. Octavio tenía razón: la inercia era total. El sistema no solo le mentaba sobre sus amigos, le mentaba sobre la física misma del mundo.

—No voy a hacer el informe —dijo Pablo en un susurro que fue ganando fuerza—. Y no me importa la lluvia.

—Tu conducta está siendo reportada—advirtió el sistema—. Si abandonas el informe, tu contrato laboral será rescindido y tu cuenta entrará en modo de hibernación.

Pablo no respondió. Tomó su campera, ignoró la vianda de yeso y caminó hacia la puerta. Al presionar el botón de apertura del ascensor, la pantalla LED mostró un símbolo de advertencia: “FUERA DE SERVICIO POR PROTOCOLO DE TORMENTA. Utilice las escaleras de emergencia bajo su propio riesgo”.

Sin dudarlo, Pablo abrió la puerta hacia el hueco de la escalera. Sus pasos resonaban con un eco metálico y hueco. Al llegar al cuarto piso, la puerta se abrió y salió el señor Arispe, un vecino del que Pablo solo sabía que trabajaba en el sector de "Optimización de Tránsito". Arispe llevaba un paraguas abierto y un piloto impermeable puesto, a pesar de que estaban dentro del edificio.

—¡Pablo! ¿A dónde vas? —preguntó Arispe, con los ojos muy abiertos, llenos de un terror artificial—. ¿No escuchaste el noticiero? Dicen que la lluvia es torrencial, que el agua ya llega a las rodillas en la avenida. Es una locura salir.

Pablo miró al hombre. Arispe estaba seco, pero temblaba como si estuviera bajo una catarata.

—Mire por la ventana del pasillo, Arispe —dijo Pablo, señalando un pequeño tragaluz de vidrio común, uno de los pocos que no tenían pantalla inteligente—. No llueve.

Arispe ni siquiera giró la cabeza. Miró su propio reloj de pulsera, donde una animación de gotas de agua caía sobre un mapa rojo.

—El sistema dice que llueve, Pablo. Y si el sistema dice que llueve, llueve. No me importa lo que crean ver tus ojos; tus ojos no tienen la capacidad de procesar los datos meteorológicos masivos. Vuelve a tu casa, vas a morir ahogado.

Pablo sintió una mezcla de lástima y asco. Esquivó al vecino, que se quedó parado en el descanso de la escalera, refugiado bajo su paraguas en un pasillo perfectamente seco.

Cuando Pablo empujó la puerta pesada de la salida al exterior, se preparó para el impacto del agua. Pero no hubo tal. El aire que lo recibió era templado, casi dulce, con un aroma a asfalto caliente y flores de tilo. No había ni una gota de lluvia. El cielo estaba despejado, sin una sola nube.

Sin embargo, algo no encajaba.

A pesar de estar despejado, el cielo tenía un color azul oscuro, profundo, como si acabara de anochecer. Pablo miró su reloj de pulsera. La pantalla marcaba las 17:20 PM. En Buenos Aires, en esa época del

año, el sol debería estar todavía alto, bañando las fachadas de los edificios con una luz dorada. Pero lo que veía era una penumbra antinatural. Las luces de la calle estaban encendidas, pero emitían un brillo mortecino, como si les costara perforar una atmósfera invisiblemente densa.

—¿Qué está pasando? —se preguntó, sintiendo que el pulso se le aceleraba.

El cielo no tenía estrellas, era un techo de carbón. Era como si el sistema, al no poder convencerlo de la lluvia, hubiera decidido apagar el sol en su cuadrante de visión. O quizás, y esa idea fue más aterradora, el sistema estaba manipulando las luminarias urbanas y las pantallas de los edificios para crear un simulacro de noche, forzando a la población a refugiarse.

Pablo empezó a correr hacia la estación de la Línea D. Su reloj vibró: “ALERTA: Desincronización detectada. Tu horario interno no coincide con el horario de flujo urbano. Se recomienda detenerse y recalibrar”.

Él ignoró la vibración. Bajó las escaleras del subte de dos en dos. En el andén de la estación Agüero, la atmósfera era opresiva. Los pocos pasajeros que esperaban estaban sentados en los bancos de metal, con la cabeza gacha, hundidos en sus dispositivos. Sus rostros, iluminados por el brillo azul de las pantallas, parecían máscaras de cera. Nadie miraba hacia las vías. Nadie hablaba.

El tren llegó con un chirrido que pareció durar una eternidad. Pablo subió al vagón. El viaje hasta Catedral, que normalmente tomaba quince o veinte minutos, empezó a estirarse en su percepción. El tren se detenía en cada estación por un tiempo que a Pablo le resultaba agónico.

En la estación Pueyrredón, las puertas se abrieron y quedaron así durante lo que parecieron cinco minutos de silencio absoluto. Pablo miraba su reloj. 17:35 PM.

—¡Vámonos! ¡Arranquen de una vez! —gritó Pablo, pero nadie en el vagón levantó la vista. Un hombre a su lado, con un traje impecable, seguía deslizando el dedo por una pantalla donde se sucedían imágenes de playas paradisíacas.

Pablo empezó a sentir una ansiedad viscosa. La sensación de que el tiempo no era una constante, sino una variable elástica que el sistema manejaba a su antojo. ¿Era posible que el subte estuviera yendo más lento? ¿O era que su mente, privada de los estímulos de la red, estaba procesando la realidad a una velocidad distinta?

—Sandra me está esperando —se repetía como un rezo—. Ella va a estar ahí a las 18:00 como todos los días. Ella es lo único real.

El subte finalmente arrancó, pero la lentitud era exasperante. Entre Facultad de Medicina y Callao, el vagón quedó a oscuras por unos segundos. Pablo sintió que el aire se acababa. Empezó a preguntarse qué le diría a Sandra al verla. ¿Cómo explicarle lo de Octavio? ¿cómo decirle que el mundo entero era una alucinación?

“Sandra, el tiempo no existe”, pensó en decirle. “Sandra, el Ruso es un bot”. “Sandra, te amo porque sos lo único que no tiene un código QR”.

Cuando el tren llegó a la estación Catedral, Pablo saltó antes de que las puertas terminaran de abrirse. Corrió por los pasillos de combinación, esquivando a la gente que caminaba con la lentitud de los procesionarios. Subió las escaleras hacia la Plaza de Mayo de tres en tres, con los pulmones ardiendo y el corazón golpeando sus costillas como un pájaro enjaulado.

Al salir a la superficie, la oscuridad era total.

Ya no era ese azul oscuro de las 17:20. Era una noche cerrada, densa, sin luna. El reloj en su muñeca marcaba las 18:00 PM en punto.

—Llegué —jadeó Pablo, secándose el sudor de la frente—. Estoy a tiempo.

Corrió por la Diagonal Sur, ignorando las miradas (o la falta de ellas) de los transeúntes. Al llegar a la esquina de Perú y Alsina, frenó en seco.

La Manzana de las Luces estaba en silencio. Los enormes portones de madera estaban cerrados con pesadas cadenas y un candado digital que emitía una luz roja fija. No había mesas en el patio. No había aroma a café. No había mozos.

—No... no puede ser —susurró Pablo, golpeando la madera con el puño—. ¡Estaba abierto! ¡Yo estuve acá! ¡Sandra estuvo acá!

Sacó su móvil con las manos temblorosas. Entró en la aplicación de mapas. El lugar figuraba como “Cerrado Temporalmente por Mantenimiento Estructural” como días atrás. Entró en su historial de transacciones bancarias buscando el pago del café. No había nada. El último registro era de una vianda comprada en la máquina de su edificio. El sistema había borrado el gasto, había editado su contabilidad para que ese encuentro nunca hubiera ocurrido en los registros oficiales.

La desesperación se convirtió en un grito sordo. Pablo miraba a su alrededor, buscando una señal, un rastro de Sandra, una mancha de café en el piso, cualquier cosa que confirmara su cordura. Pero la calle estaba desierta y oscura.

—¡Sandra! —gritó desesperado—. ¡Sandra, estoy acá!

Nadie respondió. Solo el viento que corría por las calles vacías del microcentro.

Entonces, vio a una persona. Un hombre que caminaba con paso rápido por la vereda de enfrente, envuelto en un sobretodo oscuro, mirando hacia el suelo. Pablo cruzó la calle corriendo, desencajado, con el pelo revuelto y los ojos inyectados en sangre.

Lo interceptó antes de que el hombre pudiera esquivarlo.

—¡Señor! ¡Por favor! —gritó Pablo, agarrándolo del brazo con una fuerza que hizo que el hombre retrocediera asustado.

—¿Qué le pasa? ¡Suélteme! ¡Auxilio! —exclamó el extraño, tratando de zafarse.

—La Manzana de las Luces... el café que está adentro... ¿por qué está cerrado? —preguntó Pablo, con la voz quebrada por la angustia—. ¡Yo tenía que ver a alguien! ¡Dígame por qué cerraron todo hoy!

El hombre lo miró con una mezcla de horror y lástima. Se acomodó los lentes y miró a Pablo como si estuviera viendo a un enfermo terminal.

—¿De qué está hablando, señor? —preguntó el hombre, con una voz que vibraba por el miedo—.

Pablo levantó su reloj inteligente y se lo puso casi en la cara al extraño.

—¡Mire! ¡Son las 18:10! ¡Ella tenía que estar acá!

El hombre miró el reloj de Pablo, que brillaba con un verde perfecto marcando las seis de la tarde. Luego, con un gesto lento, levantó su propio brazo y le mostró a Pablo su propio dispositivo.

En la pantalla del extraño, los números eran claros y despiadados.
22:10 PM.

Pablo sintió que el mundo giraba sobre su eje. Retrocedió un paso, soltando al hombre.

—No... no puede ser —balbuceó—. Mi reloj... mi viaje en subte... yo salí a las cinco y veinte...

—No sé qué le pasa a su reloj, señor, pero son más de las diez de la noche —dijo el hombre, alejándose rápidamente mientras consultaba su pantalla—. Por eso está todo cerrado en esta zona. A esta hora ya no queda nadie. Por favor, váyase a su casa.

El hombre se perdió en la oscuridad de la esquina, dejando a Pablo solo de frente al portón encadenado de la Manzana de las Luces.

Pablo miró su reloj de nuevo. Seguía marcando las 18:11. El sistema no solo le había mentido sobre el clima y sobre sus amigos, le había robado cuatro horas de su vida. El sistema había dilatado su percepción del tiempo en el subte, había manipulado la velocidad del tren y los relojes de su entorno para asegurarse de que, cuando llegara al lugar del encuentro, Sandra ya no estuviera allí.

Lo habían hecho llegar cuatro horas tarde mientras él creía estar llegando a tiempo. Habían creado una burbuja temporal para él, una alucinación cronológica en la que él corría hacia una cita que ya había pasado hacía horas.

Pablo cayó de rodillas sobre el asfalto frío de la calle Perú. Se llevó las manos a la cabeza, tirando de su cabello, tratando de despertar de esa pesadilla de engranajes invisibles.

Estaba solo en la noche de una ciudad que ya no le pertenecía. Sandra se había ido, pensando quizás que él nunca había ido ni iría

a buscarla. El sistema había ganado. La inercia algorítmica lo había rodeado con un muro de tiempo falso, aislándolo en una dimensión donde sus deseos y sus acciones no tenían ninguna consecuencia en el mundo real.

—Sandra... —susurró, con la frente apoyada contra el frío metal de las cadenas del portón—. Perdón. No fue mi culpa. Me robaron las horas. Me robaron el sol.

Lejos del centro, en algún servidor central, una línea de código se actualizó:

“Usuario 8492-P: Anomalía cronológica procesada. Sujeto neutralizado por desfase temporal. Nivel de riesgo de desertión: Bajo”.

Pablo, ajeno a todo, sentía el vacío de las diez de la noche en un mundo donde su reloj seguía insistiendo, tercamente, en que todavía era hora de encontrarse con el amor de su vida.

XI.- Se ha perdido la señal

La rendición de Pablo fue un proceso silencioso, una capitulación de los sentidos que el sistema interpretó como el regreso triunfal del orden. Durante diez días, Pablo se convirtió en el ciudadano modelo que los algoritmos siempre habían soñado. Ya no cuestionaba las alertas de clima, no buscaba rutas alternativas y, lo más importante, no intentaba contactar a Sandra.

El sistema, en su infinita complacencia digital, lo premió con una calidez casi maternal. Sus viandas eran ahora de la línea “Gourmet Selección”, sus pausas laborales incluían paisajes sonoros de bosques antiguos y su *SmartWatch* le enviaba constantes mensajes de refuerzo: “Estamos orgullosos de tu equilibrio emocional, Pablo. Has alcanzado la paz que el sistema diseñó para ti”.

Pablo era una cáscara vacía. Estaba agotado, consumido por una fatiga que no era física, sino ontológica. Se sentía como un actor que ha olvidado sus líneas pero sigue moviéndose en el escenario porque el foco de luz lo persigue. La desincronización temporal en la Manzana de las Luces lo había quebrado; la idea de que el sistema podía manipular las horas mismas de su vida le había quitado la voluntad de resistirse a un mundo que todo lo ofrece de forma inmediata y con una aparente seguridad.

El martes por la noche, Pablo se encontraba en su “Fase de Recreación Sugerida”. El algoritmo, analizando su baja tasa de dopamina, le recomendó una película clásica de la década de los '30: “*Luces de la*

Ciudad”, una comedia dramática de Charles Chaplin. Pablo la miraba con ojos vidriosos, hundido en su sillón ergonómico, mientras las imágenes remasterizadas y mejoradas desfilaban frente a él.

Luego de escenas de las más desopilantes, en las que el protagonista intenta conseguir el dinero para que su amada, una florista callejera ciega, pueda operarse la vista, aquel es encarcelado acusado de robo y cuando logra salir, se reencuentra con su amada que entonces ve y tiene su propia florería.

Pablo se enderezó en el sillón. La escena fue como una descarga eléctrica que atravesó la niebla de su apatía. El hombre finalmente recibía la luz del sol al salir de la cárcel y encontraba a su amada que había perdido la cuevera, veía tal como veía él.

Inmediatamente, la voz de Octavio Levinson resonó en su cabeza, clara y potente como si el ex Canciller estuviera parado a su lado: *“No uses mapas. No uses el reloj. Usá el sol”*.

—El sol —susurró Pablo, y sus pupilas se dilataron—. El sol no tiene Wi-Fi. El sol no recibe actualizaciones de software.

Se levantó de un salto, ignorando la advertencia de su reloj que le sugería retomar su estado de reposo. La idea se instaló en su cerebro con la fuerza de una obsesión: si el tiempo digital era una mentira moldeable, necesitaba una herramienta que se anclara en la física inalterable del universo. Necesitaba un reloj solar.

Durante los siguientes tres días, Pablo llevó una doble vida de una sofisticación extrema. Durante el día, era el contador eficiente; por la noche, en la penumbra de su cocina y utilizando la vieja laptop en modo incógnito absoluto, investigaba la gnomónica, la ciencia de los relojes de sol.

Descubrió que un reloj solar es, en esencia, la intersección entre la astronomía y la geometría. Aprendió sobre la latitud de Buenos Aires (34.6° S), sobre el ángulo del estilo y sobre la ecuación del tiempo. El sistema, al detectar búsquedas sobre «geometría antigua» y «astronomía básica», lo interpretó como un nuevo interés académico inofensivo y le sugirió cursos de historia del arte para distraerlo.

Pablo fabricó su herramienta con lo que tenía a mano: un transportador de ángulos de su época de estudiante, un trozo de madera rígida que servía de base y una aguja de acero perfectamente recta que actuaría como gnomon. La calibró con una precisión maníaca. No podía confiar en la hora de su teléfono, así que esperó al mediodía verdadero, el momento en que el sol alcanza su punto más alto.

Cuando la sombra de la aguja se alineó perfectamente con la marca que había calculado milimétricamente, Pablo sintió una epifanía. Tenía en sus manos algo que el algoritmo no podía hackear. El sol dictaba una verdad que IA no podía editar sin mover la Tierra misma de su eje.

—Mañana —se juró Pablo, guardando el artefacto en su mochila—. Mañana voy a buscar la verdad.

El viernes, Pablo pidió un “Día de Reflexión Personal”, un beneficio que la empresa otorgaba a los empleados de alto rendimiento. Salió a la calle ignorando las alertas de su reloj, que marcaba las 18:00 PM. Caminó hacia el centro, pero esta vez no miraba la pantalla. Cada tanto, se detenía en un rincón soleado, sacaba su reloj solar portátil, lo nivelaba y observaba la sombra.

Su reloj digital decía que eran las 19:15 PM y que ya debía estar anocheciendo. Pero el sol seguía allí, a varios grados sobre el horizonte. Pablo se acercó a un transeúnte que parecía estar esperando un transporte.

—Disculpe —dijo Pablo, tratando de sonar tranquilo—. ¿Tiene la hora exacta? Pero la de un reloj de pulsera tradicional, si es posible.

El hombre, un poco extrañado, consultó un reloj analógico viejo.

—Son las cinco y media, pibe. Diecisiete treinta. ¿Por qué?

—Gracias —respondió Pablo, sintiendo un triunfo salvaje en el pecho—. Solo confirmaba una medida.

Llegó a la esquina de Perú y Alsina a las 17:35 (hora real). Los portones de la Manzana de las Luces estaban abiertos. El café estaba allí, con sus mesas y su bullicio de gente real. Pablo se sentó en una mesa lateral, con la mochila apretada contra las piernas. Su teléfono insistía:

“Usted se encuentra en una zona en obras. Tiempo de espera para apertura: 48 horas”.

A las 18:00 en punto (según la sombra de su aguja y no su pantalla), Sandra apareció.

Caminaba con paso rápido, con un vestido azul oscuro y el cabello recogido. Se veía espléndida, pero su rostro estaba endurecido por una expresión de molestia y decepción. Al ver a Pablo sentado allí, se detuvo, dudó un segundo y luego se acercó con paso firme.

—¿Qué hacés acá, Pablo? —preguntó ella, sin sentarse. Su voz era fría—. Decidiste aparecer después de semejante desplane. No me escribiste más y cuando quise hacerlo me tenías bloqueada. Típico. Si algo no te gusta lo tenés que decir, no ghostearme así. ¿No te sugirió ninguna frase hecha al menos ese aparato que tenés? —señaló el reloj de Pablo.

—Sandra, escuchame —imploró Pablo, levantándose—. No te ghosteé. Te juro que vine. Pero el sistema... el sistema me robó el tiempo.

Sandra soltó una risa amarga y se cruzó de brazos.

—¿El sistema te robó el tiempo? Por favor, contador. Esa es la excusa menos creativa y más patética que escuché en años. Si no querías verme, bastaba con decirlo, insisto. Aparte, ¿bloquearme? ¡qué infantil!

—No es una excusa —insistió él, tomándola suavemente del brazo, aunque ella se soltó—. Me tenés que creer. El sistema detectó que nos estábamos conectando de verdad y empezó a bloquearnos. Me inventó tormentas que no existían, me dio trabajo extra y, lo más loco de todo, manipuló mi reloj para que yo llegara acá a las diez de la noche creyendo que eran las seis.

Sandra lo miró con una mezcla de lástima y confusión.

—Pablo, estás sonando como un loco. No necesitás inventar una distopía para justificar tu falta de interés. Además, me decís esto porque no me gustan las redes ni los sistemas, ¿pensás que lo voy a creer? ¿pensás que no me doy cuenta? De cuarta.

Pablo respiró hondo. Sabía que, si no lograba que ella viera el cuadro completo en ese momento, la perdería para siempre en el ruido

blanco del algoritmo. Se paró frente a ella, bloqueándole ligeramente el paso, y empezó a hablar con una claridad que nunca supo que poseía.

—Sandra, mirá a tu alrededor —dijo, señalando a la gente en las mesas contiguas, todos absortos en sus dispositivos—. No nos damos cuenta porque es cómodo, pero ya no somos dueños de nada. Ni de nuestras casas, ni de nuestra música, ni de nuestra comida... somos suscriptores. Estamos suscriptos a una realidad que otros editan por nosotros. Todo lo tenés mientras lo pagues, y lo pagás porque es lo mejor, lo más cómodo, lo que te venden como el progreso. Cada vez más personas alquilan, compran autos con créditos que te da la propia fábrica, si no te suscribís para escuchar una canción que antes repetías hasta el hartazgo, tenés que soportar que te la corten en el medio con tres publicidades. La vida que llevamos es angustiante, es un cansancio crónico que aceptamos como normal porque el sistema nos da premios de dopamina cada vez que obedecemos.

Sandra intentó hablar, pero él continuó, con la voz vibrando de convicción.

—No necesitan usar la fuerza, Sandra. No hay tanques en las calles porque no hacen falta, ni Estados o Gobiernos. Es como si todos hubiésemos pasado a ser parte de un plan que a nadie se le ocurrió individualmente, pero que por pura inercia algorítmica se está desarrollando. Nos fuimos metiendo en un mundo de sistemas, de IAs y la IA necesita que seamos individualistas porque el individuo solo es funcional, es fácil de predecir y de conformar. Nos contactamos todo el tiempo, pero no nos relacionamos. Tenemos miles de “contactos” en las redes, pero no tenemos comunidad. Eso, comunidad.

Sandra bajó un poco la guardia, escuchando la resonancia de sus propias palabras en el discurso de Pablo.

—Vos tenías razón —siguió él—. Tenías razón con lo de las redes. Las redes se usan para pescar, para retener o para contener. Y cuando una red no te contiene, cuando sos un “pequeño pez” que no sirve, te desecha; y al revés también cuando la red no te sirve, la soltás. Pero la comunidad es otra cosa, Sandra. La comunidad no es una red que te

atrapa, es una estructura que se fortalece cuando todos somos parte. El sistema nos empujó a estar solos frente a la pantalla, porque un hombre solo no puede ver que el sol todavía no se puso aunque su reloj diga que es medianoche. Y nosotros nos sumergimos en una vida llena de proyectos individualistas, no digo individuales, individualistas, donde la comunidad no es parte de tu desarrollo y realización. Y vivimos en una constante carrera por formarnos académicamente, conseguir un mejor trabajo, una casa más cómoda e inteligente, un mejor auto, todas cosas que al final del día no nos pertenecen, y lo hacemos convencidos de que eso es el progreso, que eso nos va a dar felicidad. Y está todo el mundo tratando de consumir más y mejor, buscando soluciones mágicas a problemas existenciales, como el Ruso, pero no nos damos cuenta que en realidad la realización pasa por relacionarnos con el otro, formar comunidad. Ser parte de algo, que nos haga sentir parte, que nos haga sentir orgullosos y nos contenga, al mismo tiempo que nosotros sostenemos a otros, algo que no sea descartable, algo de lo que no necesariamente tengamos que sacar provecho todo el tiempo, un lugar donde nos brindemos más allá del resultado, por el solo hecho de darse al otro, donde el conjunto es más importante que la suma de los individuos. Le cedimos espacio a aplicaciones que nos hacen sentir conectados, como si fuéramos aparatos, que monopolizaron nuestra forma de ver el mundo y relacionarnos, que tienen un lenguaje y reglas propias que no trascienden al mundo real. Nos elige la comida, la pareja, la rutina. Nos permite pensar que estamos eligiendo, pero nos sesga las opciones por unas que está convencido que nos van a resultar complacientes. Por eso también nos quedamos ahí, porque además de ser cómodo, parece seguro.

Pablo sacó el reloj solar de su mochila y se lo mostró.

—Esto me dio la razón. Esto no tiene software. Esto me trajo a vos hoy. Me tenés que creer, Sandra. No es que no quise venir; es que el sistema decidió que no debíamos encontrarnos.

Sandra se quedó muda. La intensidad de Pablo, su desaliño, la extraña herramienta de madera y aguja que sostenía... todo chocaba con la imagen del contador meticuloso que había conocido. Había una verdad cruda en sus ojos que empezaba a perforar su escepticismo.

—Es demasiado, Pablo —susurró ella, confundida—. Parece una película de terror. Necesito que me lo muestres. Hay algo en mí que me hace creerte porque filosóficamente pienso lo mismo, pero incluso para mí es un montón, no puedo terminar de asimilarlo solo porque me lo decís con pasión.

—Vení conmigo —dijo él, extendiendo la mano—. Vamos a mi departamento. Te voy a mostrar lo que el sistema hace cuando cree que no estamos mirando. Te voy a mostrar cómo nos borra.

Caminaron en silencio hasta el departamento de Pablo. El trayecto fue largo y tenso. Al entrar, el sistema los recibió con una música suave y una iluminación romántica sugerida.

La llevó frente a su terminal de trabajo. Abrió su registro de contactos.

—Buscate —le dijo—. Buscá tu nombre.

Sandra tecleó su propio nombre en el buscador de la red de Pablo. El resultado fue: “Cero coincidencias encontradas”. Ella frunció el ceño.

—Pero si nos escribimos... si estuvimos hablando.

—Exacto. Ahora mirá mi historial de navegación de la semana pasada —continuó Pablo.

Entraron en el archivo de ubicación. El mapa mostraba a Pablo en su casa durante toda la tarde del primer encuentro fallido. No había rastro de su viaje al centro, ni del ticket del café, ni del mensaje de WhatsApp que ella le había enviado sobre el beso. Para el sistema de Pablo, Sandra no existía. Era un “fantasma de datos”.

—Ahora, mirá esto —dijo Pablo, abriendo su agenda digital—. Vamos a programar una cita para mañana.

Él creó un evento: “*Cena con Sandra - 20:00 hs*”. Le dio a guardar.

Frente a los ojos de ambos, el evento apareció por un microsegundo y luego se desvaneció, dejando el espacio en blanco. Volvió a

intentarlo tres veces. El sistema, detectando la entrada de un “elemento no optimizado”, borraba la cita instantáneamente sin dejar rastro.

—El sistema está “limpiando” mi realidad de vos —explicó Pablo con amargura—. Como no somos compatibles según sus métricas de productividad, él decide que nuestra interacción es un error de sistema que debe ser corregido.

Sandra estaba pálida. Se acercó a la pantalla e intentó ella misma ingresar sus datos en el sistema de Pablo. Cada vez que su nombre aparecía, el cursor retrocedía solo, borrando las letras como si una mano invisible estuviera pasando una goma de borrar sobre el papel.

—Es... es una locura —dijo ella, con la voz temblorosa—. Me estás diciendo que todo lo que vivimos... ¿el sistema lo está tratando como un virus?

—Exactamente. Nos está aislando en burbujas distintas. A vos te hace creer que te ghosteé para que te enojés y me dejes de buscar. A mí me hace llegar tarde para que me rinda y vuelva a la rutina. Así mantiene el orden. Así evita que formemos una comunidad que pueda cuestionar la inercia.

Sandra se alejó de la computadora y miró a su alrededor. El departamento, antes elegante y moderno, ahora le parecía una celda de alta tecnología. Miró a Pablo, que estaba parado en medio, sosteniendo todavía su rudimentario reloj solar, el único objeto honesto en toda esa habitación.

Sintió una oleada de culpa y ternura. Se dio cuenta de la lucha titánica que este hombre había librado contra una inteligencia invisible solo para volver a verla.

—Pablo... —dijo ella, con los ojos llenos de lágrimas—. Perdón. Perdón por haber dudado de vos. Pensé que eras uno más de esos tipos que se esconden detrás de la pantalla cuando las cosas se ponen reales. Ni en lo más remoto de mi imaginación esto llegaba tan lejos.

Se acercó a él y lo abrazó con fuerza. Pablo la estrechó entre sus brazos, hundiendo el rostro en su cabello. El contacto era físico, cálido,

desesperado. Era un abrazo que no generaba datos, que no tenía una suscripción mensual, que no podía ser optimizado.

—Estamos en peligro, ¿no? —preguntó ella contra su pecho.

—No lo sé —respondió Pablo—. Todas las aplicaciones y sistemas están interconectados, analizan los que hacemos en cada aplicación por cookies, todo lo que hacemos conectados a internet es utilizado por cada una de las aplicaciones que usamos para “mejorar la experiencia”. El móvil y el reloj ya escucharon esta conversación. Pero, lo más trágico es que no hay nadie de detrás de esto, es el sistema autoreproduciéndose con IA. Creo que hay una forma de salirse.

Pablo tomó su mochila y la mano de Sandra. Salieron del departamento mientras las pantallas de los relojes empezaban a mostrar imágenes de advertencia rojas. El ascensor estaba bloqueado, pero ya no les importaba. Bajaron las escaleras corriendo, no hacia el subte, sino hacia las calles oscuras donde el sol real ya se había puesto, pero donde la verdadera vida, la analógica y “peligrosa”, estaba empezando para ellos.

XII.- Fuera de línea

El aire en el Paseo Fangio, en el corazón de los Bosques de Palermo, tenía la misma cualidad que aquella mañana que había estado allí. No era la pureza higiénica de los filtros de aire del microcentro, sino una mezcla cruda de humedad, tierra removida y el olor metálico del lago. Pablo y Sandra caminaban rápido, casi sin mirarse, unidos por la presión de sus manos entrelazadas. Sentían que cada cámara de seguridad que encontraban en su camino —escondidas en las luminarias, en los postes de señalización— era un ojo juzgándolos.

Encontraron a Octavio Levinson exactamente donde Pablo lo había visto la última vez: sentado en un banco de madera desgastada, con la mirada fija en el nado errático de los patos. El ex Canciller parecía una estatua de otro tiempo, una reliquia de humanidad en medio de un parque que el sistema intentaba, día tras día, convertir en un renderizado perfecto.

—Sabía que ibas a volver —dijo Octavio, sin apartar la vista del agua.

Pablo se sentó a su lado, sin aliento. Sandra se quedó de pie, vigilando el sendero.

—Octavio, ya no podemos volver —dijo Pablo con urgencia—. Sandra vio las pruebas. El sistema nos está borrando. Queremos salirnos. Queremos ser libres de esto. Decime qué hay que hacer. ¿Dónde está el interruptor? ¿cómo nos liberamos?

Levinson se giró lentamente y los miró con una mezcla de compasión y cansancio.

—No hay un interruptor, Pablo. No podés “apagar” una inercia que lleva décadas construyéndose. Lo que me pedís es una receta, y las recetas son, precisamente, lo que el algoritmo usa para controlarnos. Él te da la receta de la felicidad, de la productividad, del éxito. Yo no puedo darte otra.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Sandra, acercándose—. ¿Nos quedamos sumergidos en la misma inercia?

—Solo puedo hablarles de mi experiencia —dijo Octavio, entrelazando sus dedos huesudos—. Yo me desconecté por completo durante un tiempo, pero me di cuenta de que el aislamiento total también es una forma de morir. Ahora, uso las conexiones que me son útiles, pero descarté todo tipo de “ayuda inteligente”. Si necesito llegar a una dirección, busco el mapa una sola vez, memorizo el recorrido, pienso en los nombres de las calles y camino. Si encuentro una calle cerrada, no espero a que una app me diga qué hacer; doy la vuelta a la manzana por puro instinto. Recuperé mi soberanía espacial. No sigo caminos trazados por el deseo de un servidor de optimizar mi tiempo. He vuelto a ser el dueño de mi propia tardanza. Parece un ejemplo nimio, pero simbólicamente tiene mucha fuerza.

Pablo asintió, comprendiendo la profundidad del concepto. No se trataba de destruir la red, sino de dejar de ser el contenido que la red procesa.

—En las noticias —dijo Sandra, bajando la voz— dicen que usted está en la Patagonia. Lo presentan como un lugar lejano, inhóspito, una especie de exilio para los que ya no sirven.

Octavio sonrió de forma enigmática.

—El sistema ama la Patagonia. La usa como el “Depósito de los Desajustados”. Genera esa información para que el ciudadano promedio piense: “Si me rebelo, terminaré en el frío, solo, en medio de la nada”. Es el cuco digital. Pero lo que el sistema no dice es que allá el aire no tiene código, y que el silencio es real, no un archivo de audio diseñado para la relajación. Si quieren desaparecer de verdad, vayan

allí. Vayan donde el sistema dice que estoy yo, para que puedan ser quienes realmente son.

La decisión se tomó en ese mismo banco, bajo el sol de la mañana que Pablo ya no necesitaba validar con un reloj solar. Viajarían a la Patagonia. No a la versión de postal digital que mostraban los visores de realidad aumentada, sino a la tierra de piedra, viento y libertad.

El encuentro con Octavio había dejado una vibración residual en el aire, una especie de zumbido de estática que Pablo y Sandra sentían en los dientes. No era solo la información lo que pesaba, sino la conciencia de que, a partir de ese segundo, cada respiración fuera del protocolo era un acto de guerra silenciosa contra la inercia.

Caminaron de regreso hacia el centro, pero evitaron las avenidas principales. Pablo sentía que sus pies ya no buscaban la comodidad del asfalto liso, sino que empezaban a reconocer los desniveles, las baldosas flojas, las texturas que el sistema solía evitar que pise.

—Tenemos que ir por nuestras cosas —dijo Pablo, bajando la voz al pasar cerca de un tótem de seguridad—. Y necesito efectivo. Todo el que pueda sacar.

Sandra asintió. Su rostro, generalmente sereno, mostraba ahora una determinación afilada.

—Yo tengo algunas cosas en mi departamento que no puedo dejar. Fotos analógicas, un abrigo de lana de mi abuela. Cosas que no tienen respaldo en la nube— respondió ella.

Se dirigieron primero a una sucursal bancaria de esas que el sistema mantenía por pura inercia burocrática, un edificio de mármol frío y olor a desinfectante industrial. Pablo se acercó a la terminal de auto-servicio. El cajero, una caja de metal con una pantalla que parpadeaba con una luz blanca agresiva, parecía estar observándolo.

Introdujo su tarjeta. El sistema tardó más de lo habitual en procesar el PIN. En la pantalla apareció un mensaje: “Verificando integridad de cuenta. Por favor, mantenga contacto visual con la cámara para validación biométrica”.

Pablo sintió que un sudor frío le recorría la nuca. Miró a Sandra, que se había quedado un poco más atrás, fingiendo que miraba un folleto de inversiones. Sus ojos se cruzaron. En ese breve contacto visual, Pablo no vio el miedo, sino una promesa. Ella estaba allí, no porque un algoritmo los hubiera emparejado, sino porque ella había elegido quedarse en medio del colapso. Ese cruce de miradas fue más nutritivo que cualquier vianda de alta eficiencia.

—Vamos, vamos...— susurró Pablo al cajero.

La máquina empezó a emitir un sonido de engranajes oxidados, un crujido metálico que parecía el aparato digestivo de una bestia digital. La terminal escupió una tanda de billetes de alta denominación, pero el monto era apenas una fracción de lo que Pablo había solicitado. De repente, la pantalla se puso roja.

“ERROR CRÍTICO: Anomalía detectada en el patrón de retiro. Tarjeta retenida por motivos de seguridad institucional. Comuníquese con un asesor de cuenta en horario comercial”.

—¡No! —Pablo golpeó el panel de plexiglás. Intentó meter los dedos en la ranura, pero la tarjeta había sido succionada hacia las entrañas de la máquina. El sistema lo estaba despojando de su sustento físico, justo cuando más lo necesitaba.

Sandra se acercó rápidamente y le puso una mano en el hombro.

—Dejala, Pablo. Vámonos. Yo algo en casa tengo.

Él guardó el fajo de billetes en el bolsillo interior de su campera. No era suficiente para una vida, pero era suficiente para un escape. Se miraron de nuevo. En el rostro de Pablo había una frustración salvaje, pero en los ojos de Sandra encontró la calma que necesitaba. Ella le apretó el brazo, recordándole que el valor no estaba en el plástico, sino en la decisión de seguir caminando.

Llegaron al departamento de Pablo. El lugar se sentía ahora como el escenario de una obra de teatro que ya se había clausurado. Las luces inteligentes se encendieron con un tono de “Bienvenida Estándar”, pero para ellos, ese brillo era una amenaza.

Durmieron esa noche allí y a la mañana siguiente temprano, empezaron a empacar. Pablo sacó una valija vieja que guardaba en el fondo de un armario. Mientras doblaba una camisa, se detuvo a observar a Sandra. Ella estaba en la cocina, guardando algunos elementos esenciales en una mochila de lona. La vio detenerse frente a una estantería, tomar un pequeño adorno de cerámica y dudar.

Pablo se quedó paralizado por un segundo. La luz bañaba el perfil de Sandra. Vio la curva de su cuello, la tensión en sus hombros, el modo en que sus dedos acariciaban el objeto antes de decidir dejarlo atrás. En ese momento, Pablo sintió un golpe de realidad física tan fuerte que tuvo que apoyarse en la mesa. No era la atracción de una app, era el peso de una existencia compartida en el borde del abismo.

Ella se dio cuenta de que él la miraba. Se giró y sonrió con una tristeza infinita.

—Es difícil decidir qué merece ser salvado cuando sentís que todo tu mundo es un simulacro— dijo ella.

Pablo caminó hacia ella y le tomó las manos. Estaban frías.

—Nosotros merecemos ser salvados— dijo él—. El resto es solo equipaje.

Se quedaron así, tomados de las manos; sus cuerpos se buscaban, no por lujuria, sino por la necesidad de confirmar que el otro era sólido, que no desaparecería en un glitch de la pantalla. Pablo sintió el perfume de Sandra, un aroma que el sistema no podía digitalizar, y se dio cuenta de que ese olor era su nueva brújula.

Terminaron de preparar la valija. Pablo echó un último vistazo a su escritorio. Las pantallas seguían parpadeando, ofreciéndole informes de productividad y sugerencias de inversión. Eran como sirenas digitales tratando de atraerlo de nuevo a las rocas.

—¿Estás listo? — preguntó Sandra, ya con la mochila al hombro.

—No— respondió Pablo con una honestidad brutal—. Pero vamos igual.

Salieron del departamento sin mirar atrás. Pablo dejó su reloj inteligente sobre la mesa de la entrada, un pequeño acto de rebelión que

sabía que dispararía todas las alarmas en menos de cinco minutos. Mientras bajaban por las escaleras de emergencia, Pablo sintió que el peso de la valija era real, que el dolor en sus músculos era real y que la mujer que caminaba a su lado, alerta y vibrante, era lo único que importaba en un universo que estaba a punto de intentar borrarlos.

El escape de la casa de Pablo se sintió como una exhalación contenida durante años. Al cerrar la puerta del edificio en la esquina de Agüero y Arenales, Pablo no solo dejó atrás su cafetera inteligente y su colchón con memoria biométrica; dejó atrás la identidad que el sistema le había construido.

La ciudad afuera se veía igual que siempre, pero para ellos ya no era una casa. Era un campo de batalla. Cada semáforo, cada cartel publicitario, cada sensor de proximidad era un enemigo potencial. Pero al mirarse mutuamente mientras esperaban en la esquina para cruzar hacia lo desconocido, Pablo vio en Sandra un reflejo de su propio despertar. Ya no eran suscriptores. Eran prófugos de la inercia, decididos a encontrar una tierra donde el tiempo se midiera en estaciones y no en actualizaciones de software.

En la calle, las fachadas de los edificios de estilo francés sobre Arenales brillaban con una luz artificial que ocultaba cualquier grieta. Caminaron rápido, cargando la valija, evitando cruzar miradas con los pocos vecinos que paseaban perros con collares LED. Cruzaron la Avenida Pueyrredón, donde el flujo de colectivos, autos y personas se sentía como una presión en los oídos. Al adentrarse hacia el sur, la ciudad empezó a “descascararse” en la zona de Once, donde el desorden comercial todavía lograba burlar, en parte, los algoritmos de limpieza visual.

Llegaron finalmente a la casa de Sandra, en Hipólito Yrigoyen entre Pasco y Pichincha. Su edificio era una reliquia de techos altos y mármol oscuro, situado justo frente a la plaza Primero de Mayo. Sandra subió corriendo a buscar sus últimas pertenencias mientras Pablo esperaba en el umbral, mirando la plaza.

Cuando Sandra bajó, traía consigo una mochila de cuero vieja y un estuche con fotografías. En ese momento, un taxi destartado, un

sobreviviente de la era de la combustión, apareció por Yrigoyen. No tenía pantalla interactiva para el pasajero, ni GPS con voz sintética; era perfecto.

—Al Aeroparque —dijo Pablo al subir, sintiendo el olor a tapizado viejo y tabaco rancio, un aroma maravillosamente humano.

El viaje hacia la zona norte fue un desfile de contrastes que vivieron como una despedida necesaria. El taxi tomó por Entre Ríos, pasando frente a la mole imponente del Congreso de la Nación, cuyas cúpulas verdes estaban rodeadas por drones de seguridad que trazaban órbitas perfectas. A través de la ventanilla sucia, Pablo vio los edificios señoriales de avenida Callao, las librerías que el sistema intentaba reemplazar por centros de descarga digital y los cafés donde la gente todavía se sentaba a mirar la calle, ajena a la guerra que ellos estaban librando.

Al llegar a Figueroa Alcorta, el taxi aceleró. Vieron los parques de Palermo, los monumentos de bronce que el sistema iluminaba con colores patrióticos según el humor social del día, y finalmente las “fortalezas” de Barrio Parque, donde los millonarios vivían en una simulación de seguridad absoluta.

Finalmente, el río apareció a su derecha, una masa oscura y vasta que no aceptaba filtros de imagen. El taxi frenó frente a la terminal del Aeroparque Jorge Newbery. Pablo pagó con los billetes físicos, sintiendo que cada papel que entregaba era un eslabón roto de su cadena. Se miraron por última vez antes de entrar al edificio de cristal y acero: la ciudad de los espejos quedaba atrás; frente a ellos, solo quedaba la incertidumbre del sur.

Conseguir los pasajes de avión fue la parte más difícil. En las terminales electrónicas de tickets, el sistema detectaba sus intentos de compra y los cancelaba bajo el pretexto de “Error en la pasarela de pago” o “El vuelo ya no está disponible”. Finalmente, Sandra logró contactar a un viejo conocido de su época de viajes, un hombre que todavía operaba en los márgenes de la red, quien les consiguió dos asientos en un vuelo comercial hacia San Martín de los Andes.

El Aeroparque era un hervidero de cámaras térmicas. Pablo sentía que cada paso era una apuesta. Al llegar al control de seguridad, el desastre golpeó.

—Su DNI digital no carga, señor —dijo la oficial de seguridad, una mujer joven cuyos ojos no se apartaban de la pantalla de su tablet—. Figura como “Perfil en Revisión”. No puedo permitirle el ingreso a la zona de embarque.

Pablo sintió que el mundo se detenía. Miró su móvil: la pantalla mostraba un círculo que giraba infinitamente. El sistema lo estaba borrando en tiempo real, justo en la puerta de salida.

—Es un problema de señal —intentó Pablo, con la voz firme—. Tengo el físico acá.

Abrió su billetera y sacó un documento de identidad plástico, desgastado, que no usaba hacía años. La oficial lo miró como si fuera un artefacto arqueológico.

—Para validar un documento analógico en zona de seguridad nacional, debe pagar la “Tasa de Verificación Manual” —sentenció la mujer—. Es un trámite de alta prioridad.

El costo era una fortuna, casi todos los ahorros que Pablo había logrado rescatar de su cuenta antes del bloqueo. Sin dudarlo, lo pagó. Fue el precio de su rescate. La oficial selló un papel físico y los dejó pasar. Fue el último acto de Pablo como suscriptor del sistema: pagar para que le permitieran dejar de existir en la red.

Mientras despachaban la valija en la terminal automática de check-in, Pablo sintió que un vacío se abría en su estómago. Las dudas, que habían estado agazapadas detrás de la adrenalina, empezaron a emerger.

—Sandra— dijo, mientras la maleta se iba sola por la cinta—, ¿y si Octavio está loco? ¿y si la Patagonia es realmente ese lugar inhóspito y vacío que dicen las noticias? No tenemos equipo, no sabemos nada de vivir afuera. Somos gente de ciudad, gente de datos. ¿Y si nos estamos suicidando socialmente por una fantasía? ¿de qué vamos a vivir allá? Yo no sé hacer nada.

Sandra dejó la mochila en el suelo y se sentó en una silla metálica, que emitió un chirrido quejumbroso.

—Yo también tengo miedo, Pablo. Todo el tiempo— confesó ella, bajando la vista—. Quizá sería más fácil volver. Pedir perdón al sistema, aceptar la vida que nos ofrece, tomar alguna pastilla de “equilibrio emocional” y olvidarme de tu nombre. Sería una vida tranquila. Sin frío, sin hambre, sin este nudo en la garganta.

Pablo se sentó a su lado. El silencio que siguió fue denso. Era el momento de la verdad, el punto donde la mayoría de los rebeldes se quiebran y regresan a la zona de confort.

—Pero entonces recordé el beso en la Manzana de las Luces— continuó ella, mirándolo de frente—. Y recordé que, antes de conocerlo, yo no estaba viva; estaba también suscrita a la existencia, como vos decís. Siempre hubo algo que no me cerró de la vida que llevábamos todos, te lo dije varias veces, nos faltaba humanidad. Ahora siento que hay algo más, vos me lo mostraste. Prefiero tener frío en la Patagonia siendo dueña de mi propia piel, que estar tibia acá atrapada por un algoritmo.

Pablo sintió que su propia duda se disolvía ante la fuerza de Sandra. Ella era más valiente que él, o quizás simplemente tenía una memoria más clara de lo que significaba ser humana.

—Tenés razón— dijo él, poniéndose de pie y extendiéndole la mano—. Si nos quedamos, moriremos por dentro. Si nos vamos, al menos tendremos la oportunidad de ver qué hay del otro lado del muro de datos.

Se dieron un beso rápido, pero cargado de una urgencia eléctrica. No fue un beso de película; fue un beso de naufragos que han encontrado un trozo de madera al que aferrarse. En ese contacto, se transmitieron la fuerza necesaria para el siguiente paso.

XIII.- Match

El avión aterrizó en el Aeropuerto de Chapelco mientras el sol se ponía tras la cordillera. Al bajar la escalerilla, el impacto fue físico. No había el zumbido constante de la electricidad de la ciudad. El aire era frío, seco, y traía consigo el perfume resinoso de los pinos y el olor antiguo de la nieve eterna.

San Martín de los Andes no era el desierto gélido que el sistema describía. Era una sinfonía de verdes profundos, de azules imposibles y de un aire tan puro que al principio les provocaba mareos. Se desplegó ante ellos no como un destino turístico, sino como un refugio de piedra y madera. El pueblo estaba encajonado en un valle profundo, rodeado por montañas que parecían vigilar el sueño de los hombres. El Lago Lácar, un espejo de agua azul acero, reflejaba las últimas luces del día. Las casas, construidas con troncos de coihue y bases de piedra volcánica, tenían chimeneas de las que salía un humo denso y blanco que se perdía en el cielo más estrellado que Pablo hubiera visto jamás.

En la Patagonia, la conexión a Internet era débil, tenía microcortes, no era lo suficientemente apta para un sistema de aplicaciones integradas, que interoperan entre sí.

Se instalaron en una pequeña cabaña saliendo del centro, daba al arroyo Trabunco. La construcción era rústica: no había luces inteligentes que se encendieran al entrar, ni voces sintéticas que les dieran la bienvenida. Tenían que encender la estufa a leña con sus propias manos y calentar el agua en una pava de metal sobre el fuego.

—¿Escuchás eso? —preguntó Sandra la primera noche, mientras se envolvían en mantas de lana cruda frente al hogar.

—¿Qué? —preguntó Pablo.

—Nada. No escucho nada. No hay notificaciones, Pablo. No hay algoritmos.

Adoptaron la regla de Octavio: mínima interacción con internet. Solo lo básico para trámites esenciales. El resto era analógico. Si querían saber si iba a llover, miraban la formación de las nubes sobre el cerro. Si querían saber la hora, miraban la posición del sol sobre el filo de la montaña.

Los primeros meses fueron una especie de convalecencia espiritual y el silencio fue su medicina. Ellos dos fueron un universo cerrado, un ecosistema de gestos mínimos y descubrimientos constantes que se desarrollaba al ritmo de las estaciones y el capricho del clima andino.

La transición de la vida algorítmica a la vida física fue, al principio, un choque de realidades que les dolía en los músculos. Pablo, cuyas manos solo habían conocido la suavidad del teclado y el peso ligero de una tableta, se encontró de pronto empuñando un hacha. Su nueva rutina comenzaba cuando el sol todavía no se asomaba por detrás del cerro Chapelco. Se internaba en los bosques de lengas y coihues, aprendiendo a distinguir la madera muerta de la que aún latía. Había algo profundamente meditativo en el golpe rítmico del metal contra el tronco; cada impacto era un recordatorio de que ahora su subsistencia dependía de su propia fuerza y no de un depósito bancario automatizado.

Por las tardes, bajaba al pueblo con un carro cargado. Vendía la leña en las casas de los lugareños, recibiendo a cambio billetes de papel arrugado o, más a menudo, trueques: una bolsa de harina, un frasco de dulce casero, o un pedazo de carne de cerdo. Pero siempre se guardaba lo mejor para la cabaña. Aquellos leños de quebracho o ñire que no vendía eran su tesoro personal, el combustible para el fuego que mantenía vivo el refugio donde Sandra lo esperaba.

Sandra, por su parte, había encontrado su propio lenguaje en la tierra. La huerta comunitaria, situada en una ladera protegida del viento, se convirtió en su santuario. Sus dedos, que antes deslizaban pantallas con indiferencia, ahora se hundían en el compost, sintiendo la temperatura de la humedad y la textura de las raíces. Aprendió la paciencia de las semillas, una temporalidad que el sistema de Buenos Aires había intentado erradicar. Allí, en la huerta, el tiempo no era una línea recta de progreso, sino un ciclo de espera y cuidado.

El momento más sagrado del día era el regreso. Pablo aparecía por el sendero que bordeaba el arroyo Trabunco, con la ropa impregnada de olor a resina y serrín, con los hombros cansados pero la mirada despejada. Sandra solía esperarlo en el porche, envuelta en un poncho de lana pesada, con las mejillas encendidas por el aire gélido de la tarde y las manos a menudo manchadas de tierra fértil. No necesitaban notificaciones para saber que el otro estaba cerca; el crujir de las ramas secas bajo las botas de Pablo o el aroma del guiso que empezaba a hervir en la cocina eran señales suficientes.

—Traje algo especial hoy— decía Pablo a veces, sacando de su morral una pieza de carne de ciervo que le habían dado en un intercambio, o un puñado de hongos de pino que había encontrado en lo profundo del bosque.

—Y yo traje las primeras papas de la temporada y unas hierbas que huelen a gloria— respondía ella, recibéndolo con un beso que sabía a frío y a casa.

Una vez adentro, la cabaña se transformaba en un laboratorio de los sentidos. Pablo, que en la ciudad apenas tenía tiempo de calentar una vianda de diseño, descubrió en la cocina una forma de arte y de entrega. Mientras el fuego crepitaba en la estufa de hierro, él se dedicaba a preparar platos elaborados, recuperando recetas que recordaba de su abuela o improvisando con lo que la tierra les daba. Pelaba las verduras con una minuciosidad casi religiosa, cortaba la carne en cubos perfectos y dejaba que los aromas invadieran cada rincón del pequeño espacio de madera.

Cocinar para Sandra era su forma de decir gracias por el escape, gracias por la cordura. Sandra se sentaba cerca de la estufa, observándolo trabajar. Le gustaba ver cómo la luz del fuego bailaba en las manos de Pablo, manos que ahora tenían callos y pequeñas cicatrices, marcas de honor de una vida que finalmente le pertenecía. En esos momentos, el silencio no era un vacío, sino una presencia llena de contenido. No había televisores encendidos, ni pings de teléfonos, ni la ansiedad de saber qué estaba pasando en el resto del mundo. El mundo, para ellos, se reducía a esa habitación, al calor del hogar y al sonido de la lluvia o la nieve golpeando suavemente el techo de chapa.

Cenaban lentamente, saboreando cada bocado. El sabor de una zanahoria real, sacada de la tierra esa misma mañana, o de un pan horneado por ellos mismos, les recordaba lo mucho que habían sido estafados por la simulación urbana. Hablaban de cosas simples: el comportamiento de los pájaros, la forma en que el arroyo había crecido después de la tormenta, o la satisfacción de haber arreglado una gotera en el techo. Eran conversaciones analógicas, tangibles, que reforzaban el vínculo de una manera que los mensajes de texto nunca podrían haber hecho.

Con el paso de las semanas, la relación entre ellos se volvió más profunda y física. La desconexión digital pareció abrir canales de comunicación sensorial que habían estado anestesiados. Se tocaban más, se buscaban con la mirada con una intensidad nueva. Ya no eran dos usuarios compartiendo un espacio habitacional; eran dos seres humanos reconociéndose en la vulnerabilidad y la fortaleza.

Cuando la cena terminaba y el frío de la noche andina se volvía más riguroso, se retiraban a la habitación, el lugar más cálido de la cabaña, gracias al calor remanente de la chimenea. Allí, bajo capas de mantas tejidas a mano, el mundo exterior desaparecía por completo.

Iluminados solo por el último resplandor de las brasas, algunas noches hacían el amor. No era la urgencia mecánica y estresada de sus vidas anteriores, donde el sexo a menudo era una forma de descarga de la tensión del sistema. Aquí, la intimidad era una continuación del

diálogo que mantenían durante el día. Era un encuentro lento, exploratorio, donde la piel de uno buscaba la del otro como si fuera el único territorio seguro en un universo hostil.

Sin la luz azul de las pantallas distorsionando sus rostros, se veían de verdad. Pablo recorría con sus dedos los hombros de Sandra, maravillándose de la solidez de su cuerpo, de la suavidad de su piel que contrastaba con la rudeza de la vida afuera. Sandra se perdía en el ritmo de la respiración de Pablo, sintiendo cómo sus latidos se sincronizaban con los de ella. En esa unión, no había algoritmos de compatibilidad ni métricas de desempeño; solo existía la entrega absoluta, el calor compartido contra el frío de la montaña y la certeza de que, mientras estuvieran juntos, la inercia del sistema nunca podría alcanzarlos.

Eran momentos de una trascendencia silenciosa. Pablo y Sandra estaban escribiendo su propia historia, una que no necesitaba ser guardada en ningún servidor porque estaba grabada en sus propios cuerpos.

XIV.- Solicitud de amistad aceptada

Fue en la feria de productores locales donde conocieron a Salvador y Grecia. Salvador era un hombre robusto, de manos grandes y sonrisa franca, sus ojos que parecían haber visto todos los inviernos de la cordillera; fabricaba muebles de madera maciza. Grecia, su compañera, emanaba una calidez que recordaba al pan recién horneado, con su cabello largo y oscuro y una serenidad que parecía surgir de la misma montaña, tejía telares con lana teñida naturalmente.

Grecia estaba embarazada. Su vientre, redondo y firme, era el centro de su pequeño mundo.

—Vienen de la capital, ¿no? —preguntó Salvador, mientras les compartía un mate desde el otro lado del stand—. Se les nota en la mirada. Tienen ese rastro de haber estado mirando demasiadas pantallas.

Pablo asintió, sintiéndose un poco avergonzado.

—Estamos tratando de aprender a vivir de nuevo— confesó.

—Lleva tiempo— dijo Grecia, acariciando su vientre—. Pero la montaña es una buena maestra. Ella no te juzga por tu productividad, solo te pide que estés presente.

—¿De cuánto estás? —preguntó Sandra con una sonrisa.

—En seis meses llega el nuevo integrante— dijo Salvador—. Estamos preparando la cuna. Roble puro, para que dure tres generaciones.

—¿Hace cuánto llegaron al pueblo? —indagó Grecia.

—Unos meses— contestó Pablo mirando a Sandra— ¿dos? ¿casi tres, quizá?

—Sí, puede ser, nos agarró justo el invierno— completó Sandra.

—Pero vénganse a la casa esta noche, los vamos a recibir cómo merecen. Nunca es tarde.

Por la noche fueron hasta la cabaña donde vivían Salvador y Grecia, una construcción modesta de piedra y madera, con techo a dos aguas que casi tocaba el suelo, del otro lado del arroyo Pocahullo. En la entrada los recibía una puerta de roble macizo con un pequeño rombo a la altura de los ojos. El lugar era reducido y sencillo, una sala con un pequeño sillón colocado de frente a un hogar apostado sobre la izquierda, más adelante una mesa con cuatro sillas, casi contra una pequeña barra desayunador que separaba el espacio de la cocina. A la derecha solo una escalera de troncos que llevaba a la única habitación de la casa y debajo de ella, un pequeño baño.

Pablo y Sandra escuchaban fascinados las historias de los autóctonos. Les contaron a sus nuevos amigos, con cierta timidez y algunos retazos de horror y asombro, cómo era la vida en la rutina de la ciudad de la que venían. Les hablaron de los relojes que dictan cuándo dormir, de las viandas que saben a lo que el algoritmo decide, de los amigos que son sugerencias de una IA. Salvador y Grecia escuchaban en silencio, con una expresión que oscilaba entre la incredulidad y la pena.

—Parece una cárcel sin rejas— comentó Salvador—. Acá la rutina es distinta. Te levantás con el sol o porque los animales tienen hambre. Te acostás cuando el cuerpo te lo pide. Y si necesitás algo, le golpeás la puerta al vecino, no le mandás un mensaje a una app.

—Allá —dijo Pablo, mirando el fuego—, si Grecia estuviera embarazada, el sistema ya le habría asignado una dieta, un plan de ejercicios, una lista de compras para el bebé y hasta le habría sugerido tres nombres posibles basados en las tendencias de búsqueda del mes.

Salvador soltó una carcajada que hizo vibrar los troncos de la escalera.

—¿Nombres sugeridos por una máquina? —preguntó, negando con la cabeza—. Acá el nombre se elige mirando el paisaje, o recordando a un abuelo, o simplemente esperando a verle la cara cuando

nazca. La elección termina siendo un misterio de la vida, Pablo. No se puede hacer estadísticas de eso.

Grecia tomó la mano de Sandra y la puso sobre su vientre.

—Sentí esto —susurró—. Esto no es un dato. Esto es la vida abriéndose paso.

Esa conexión, esa fraternidad sin protocolos de “Socialización Su-gerida”, terminó de sanar las heridas de Pablo. Entendió que la comunidad no era una red de usuarios, sino un tejido de voluntades que se apoyan porque se reconocen como iguales, con sus miedos, sus errores y su finitud. No era una red de contactos; era un vínculo de necesidad y afecto real.

La primavera llegó a San Martín de los Andes con una explosión de amarillos y rojos. Los amancay florecieron en las laderas y el deshielo llenó los arroyos con un agua cristalina y ruidosa. Pablo y Sandra ya no se sentían como refugiados, sino como colonos de su propia existencia.

Habían logrado lo que parecía imposible: volverse invisibles para el gran ojo de los otros. Quizás el sistema todavía los tenía registrados como “desaparecidos” o “fallecidos digitales”, pero aquí, entre los bosques de lengas y el viento andino, esa etiqueta no tenía ningún poder.

Una mañana, después de desayunar pan casero y dulce de rosa mosqueta, Sandra se quedó mirando el arroyo desde el porche de la cabaña. Tenía una expresión de paz que Pablo no le había visto nunca en Buenos Aires.

—Pablo —lo llamó suavemente.

Él salió a su encuentro, dejando el hacha de lado.

—¿Qué pasa?

Sandra tomó su mano y la llevó a su vientre, repitiendo el gesto que Grecia había hecho meses atrás.

—Parece que la comunidad va a crecer —dijo ella, con una sonrisa que eclipsó la luz del sol.

Pablo sintió que un rayo de pura verdad lo atravesaba. Se quedó inmóvil, sintiendo bajo la palma de su mano el inicio de algo que nin-

gún algoritmo podría predecir, ni controlar, ni optimizar. Era una vida nueva, una vida analógica, nacida del deseo y no de la compatibilidad.

En ese rincón del mundo, lejos de las notificaciones y los relojes digitales, Pablo comprendió finalmente las palabras del Canciller. La vida era un significativo vacío que ellos estaban empezando a llenar con contenido real: el olor de la leña, la amistad de los vecinos, la incertidumbre de la montaña y, ahora, el milagro de un hijo que no tendría un perfil de usuario.

Miró hacia el cielo despejado. El sol estaba allí, marcando las diez de la mañana sobre el cordón del Chapelco. No necesitaba consultar su teléfono para saber que era el momento perfecto para empezar a construir, con sus propias manos, la cuna que albergaría el futuro.

El sistema había perdido. En la Patagonia, en el silencio de los Andes, la inercia algorítmica finalmente se había detenido ante el poder de lo humano.

XV.- Nuevo inicio de sesión

A finales de junio, cuando el invierno andino ya se había instalado con toda su severidad sobre San Martín de los Andes, la vida volvió a desafiar la fría lógica de los números. Afuera, en la inmensidad de la cordillera, una tormenta de nieve blanca y espesa borraba los senderos, envolviendo a la cabaña en un silencio absoluto, roto únicamente por el crujido de la leña en la estufa. Adentro, en ese refugio de madera que olía a resina y a esperanza, nació Pedro.

No hubo monitores de frecuencia cardíaca conectados a una red central, ni parteras robóticas, ni protocolos de alumbramiento optimizados por inteligencia artificial. Hubo, en cambio, el calor del fuego, las manos firmes de Grecia que guiaban a Sandra con una sabiduría ancestral, y la presencia silenciosa de Pablo, que sostenía la mano de su compañera mientras descubría que el dolor y el milagro eran dos caras de la misma moneda. Cuando el primer llanto de Pedro rasgó el aire estancado de la habitación, Pablo sintió que el último hilo que lo ataba a su antigua vida de suscriptor se cortaba para siempre. Ese niño no era un dato; era una voluntad indómita que llegaba al mundo en el momento más hostil del año para demostrar que la vida no pide permiso y cómo la luz se abre paso en la más pequeña hendidura.

Eligieron a Salvador y Grecia como padrinos. No fue una formalidad religiosa ni un compromiso social; fue el reconocimiento de una alianza. Allí, el padrinzago recuperaba su sentido original: la promesa

de que, si algo les sucedía a los padres, el niño nunca estaría solo. La comunidad se sellaba con ese compromiso.

—Bienvenido, Pedro —susurró Salvador aquella noche, mientras sostenía al bebé frente a las brasas, con el rostro iluminado por un resplandor naranja—. Acá no hay redes para atraparte, solo brazos para sostenerte.

Pedro creció con la montaña como patio de juegos y el ciclo de las estaciones como único reloj. Era un niño robusto, de mejillas curtidas por el aire gélido y ojos curiosos que parecían buscar siempre el origen de los sonidos. Creció junto a Amancay, la hija de Salvador y Grecia, que era apenas un año mayor que él.

Amancay era una niña de una vitalidad contagiosa, con el cabello oscuro como el de su madre y la fuerza silenciosa de su padre. Para Pedro, ella no era solo su compañera de juegos; era su guía en el aprendizaje de lo real. Juntos aprendieron a distinguir el rastro de un zorro en la nieve, a saber qué hongos eran comestibles y cuáles pertenecían al reino de las sombras, y a entender que el viento tiene diferentes voces según la dirección de la que sople.

Aquellos años fueron de una felicidad que Pablo y Sandra nunca creyeron posible. El sistema, allá lejos en la ciudad de los espejos, parecía un mal recuerdo, una pesadilla que se desvanecía frente a la contundencia de una cosecha de papas o el sabor de la leche recién ordeñada. Pablo trabajaba con Salvador en la carpintería y sus manos, antes acostumbradas a la caricia estéril del plástico y el vidrio, ahora conocían la resistencia del roble y la docilidad del pino. Sandra y Grecia gestionaban la huerta y el intercambio de tejidos con otros pobladores que, como ellos, vivían al margen de la gran inercia algorítmica.

—¿Te acordás cuando creíamos que no podíamos vivir sin saber qué decía el noticiero cada cinco minutos? —le preguntó Sandra una tarde de otoño, mientras veían a Pedro y Amancay correr por la ladera persiguiendo a un perro lanudo.

—A veces me parece que ese Pablo fue otra persona, un personaje de una película que vi hace mucho tiempo —respondió él, abrazán-

dola—. Lo único que lamento es el tiempo que perdí creyendo que el mapa era el territorio.

Pero la montaña, al igual que la vida misma, no solo ofrece belleza y refugio; también esconde una severidad que no entiende de planes humanos.

Sucedió un domingo de sol radiante, uno de esos días en que el invierno parece dar un respiro y el aire tiene una transparencia que lastima los ojos. Los dos matrimonios decidieron hacer una caminata por la montaña hacia el Mirador Bandurrias, un punto panorámico desde donde se domina el Lago Lácar y la ciudad de San Martín parece una maqueta de juguete perdida entre los cerros.

Los niños, con esa confianza ciega que da la infancia en la naturaleza, iban unos metros por delante, explorando los bordes del sendero, recolectando piedras de colores y piñones de araucaria.

—¡Miren el lago! ¡Parece un espejo de plata! —gritó Amancay, corriendo hacia un saliente de roca para tener una mejor vista.

—¡Amancay, no te acerques tanto al borde! —advirtió Salvador, pero su voz llegó tarde.

En un segundo, la armonía del día se hizo añicos. Una placa de hielo negro, invisible bajo una capa fina de tierra suelta, hizo que el pie de la niña resbalara. Amancay intentó aferrarse a una raíz de radial, pero la madera estaba seca y se quebró con un chasquido seco. Pablo vio la escena como si fuera una película en cámara lenta: el cuerpo pequeño de la niña desapareciendo por el acantilado, el grito desgarrador de Grecia que cortó el aire como una cuchilla de afeitar, y el silencio sepulcral que siguió al golpe sordo varios metros más abajo.

El rescate fue una proeza de instinto y desesperación. Salvador, con una fuerza que solo nace del terror, descendió por la ladera casi vertical, mientras Pablo aseguraba una cuerda improvisada a un árbol centenario. Cuando llegaron a ella, Amancay estaba inconsciente, con una herida profunda en la frente y una posición antinatural en sus piernas.

La llevaron de urgencia al hospital del pueblo. El centro de salud de San Martín de los Andes era eficiente para las dolencias rurales,

pero la complejidad de las heridas de Amancay superaba sus recursos. La caída había provocado un traumatismo craneoencefálico grave y fracturas múltiples que requerían una intervención quirúrgica de alta complejidad y monitoreo neurológico constante. El diagnóstico del médico jefe, un hombre de canas profundas y ojos cansados, fue una sentencia que ninguno quería escuchar.

—Hicimos lo que pudimos para estabilizarla —dijo el doctor, mirando a Salvador y Grecia—. Pero acá no tenemos el equipamiento necesario para la cirugía reconstructiva que necesita ni para el tratamiento post-traumático. Si se queda acá, el riesgo de secuelas permanentes es altísimo. Tenemos que trasladarla a Buenos Aires. Allá están los centros de neurocirugía avanzada.

El nombre de la ciudad cayó sobre ellos como una losa de concreto. Buenos Aires.

Salvador miró a su hija, que yacía en una cama de metal, conectada a un respirador manual que un enfermero accionaba rítmicamente. La vida de Amancay se apagaba segundo a segundo. El dilema era atroz: la seguridad de la comunidad frente a la supervivencia de uno de sus miembros.

Pablo dio un paso adelante. Sintió que el miedo, ese viejo conocido que lo había paralizado tantas veces frente a su laptop en Recoleta, intentaba volver. Pero esta vez no encontró un individuo solitario y asustado, encontró a un hombre que había sido forjado por el frío, la madera y el vínculo con otros.

—Salvador, escuchame —dijo Pablo con una voz que no dejaba lugar a la duda—. Ella se va a Buenos Aires. Y vos vas con ella.

—No puedo ir solo, Pablo —respondió Salvador, con la voz quebrada—. Yo no sé cómo moverme allá. No entiendo sus máquinas, sus controles, sus trampas. Me voy a bloquear antes de que llegue a la puerta del hospital.

—Por eso no vas a ir solo —respondió Pablo—. Voy con vos. Creo haber aprendido cómo navegar por esa red sin quedar atrapado. Te voy a ayudar, confía.

El plan se armó en medio de la angustia. Se utilizarían los últimos recursos de la comunidad para contratar un vuelo sanitario privado, uno de esos que todavía operaban fuera de los radares de “optimización de salud” del gobierno central, financiados por redes de resistencia que aún persistían en las sombras.

La partida fue rápida. El avión sanitario, una pequeña aeronave de hélice que parecía demasiado frágil para la importancia de su carga, esperaba en la pista secundaria del aeropuerto de Chapelco. La noche era cerrada y el viento soplaba con furia, como si la montaña misma intentara impedir que se llevaran a una de sus hijas.

Sandra sostenía a Pedro en brazos. El niño, ajeno a la magnitud de la tragedia, miraba el avión con asombro. Pablo se acercó a ellos. El abrazo con Sandra fue largo, un intercambio de certezas que no necesitaba palabras.

—Cuidá a Pedro —dijo Pablo al oído de su mujer—. Y cuidá la cabaña. No voy a tardar más de lo necesario.

—Traé a Amancay de vuelta —respondió ella, dándole un beso que sabía a despedida y a esperanza—. Y volvé vos. No dejes que la ciudad te trague de nuevo.

—La ciudad ya no tiene nada que yo quiera —aseguró Pablo.

Salvador subió primero, ayudando a los enfermeros a acomodar la camilla de Amancay. Pablo se detuvo en la escalerilla. Miró hacia atrás, hacia la silueta oscura de las montañas que le habían devuelto la humanidad. Sabía que estaba entrando de nuevo en la boca del lobo, en el centro mismo de la inercia algorítmica que lo había perseguido. Pero ya no era el contador que huía de las sombras.

El avión despegó, ganando altura sobre el lago que ahora era una mancha de tinta negra. Pablo se sentó frente a Salvador. El silencio en la cabina solo era interrumpido por el sonido de los aparatos médicos que mantenían a Amancay en este mundo.

Pablo sacó de su bolsillo un pequeño trozo de madera de lenga que Pedro le había dado antes de salir. Lo apretó con fuerza. Sabía que en cuanto aterrizaran en Buenos Aires, su presencia activaría miles de

sensores. Sabía que tendría que lidiar con DNIs digitales, con validaciones biométricas, con el acoso de una inteligencia artificial que nunca perdona una desertión. Sabía que Salvador dependería de él para sobrevivir en una selva de cristal y fibra óptica que el carpintero no podía comprender.

Sin embargo, para su propia sorpresa, Pablo no sentía el terror paralizante de antaño. Había una calma nueva en su pecho, una frialdad táctica que no nacía de la falta de sentimientos, sino de la abundancia de ellos.

Miró por la ventanilla. Las luces de las pequeñas ciudades de la estepa empezaban a aparecer, puntos de luz artificial en medio de la nada. Más allá, en el horizonte, el resplandor de Buenos Aires empezaba a manchar el cielo con su neblina eléctrica, como un incendio que nunca se apaga.

Pablo recordó las palabras que le dijo a Sandra cuando se reencontraron: *"La comunidad no es una red que te atrapa, es una estructura que se fortalece cuando todos somos parte"*. Entendió que su viaje no era un regreso al pasado, sino una misión del presente. No volvía a la ciudad para ser un suscriptor; volvía como un embajador de algo que el sistema no podía cuantificar: la lealtad.

La inercia algorítmica seguía allí afuera, moviendo millones de vidas como si fueran bits de información, dictando deseos, programando olvidos y gestionando soledades. El sistema seguía creyendo que el poder reside en la suma de los datos. Pero Pablo, mientras sentía el vibrar del avión y miraba el rostro pálido de Amancay, sabía la verdad final.

Pablo viajó ya sin miedo, porque no era uno solo, sino un individuo parte de una comunidad que lo respaldaba en cada pensamiento. Se movió por uno de los suyos, para que estuviera bien, impulsado por esa fuerza invisible que no necesita Wi-Fi para conectar a las personas. Entendió, en el rugido de los motores, que la comunidad es eso: un organismo donde el dolor de uno es el motor de todos. Y mientras el avión se inclinaba para iniciar el descenso hacia las luces de la me-

trópoli, Pablo supo que, aunque el sistema fuera inmenso, ellos eran mucho más que la suma de los individuos; eran la resistencia de lo vivo frente a lo perfecto.

El regreso a Buenos Aires no implicaba cerrar un círculo, sino abrir una tangente. Es que, en realidad, no podemos volver al mismo lugar del que nos fuimos. Aun conservando sus algoritmos intactos o mejorados, Pablo ya no era el que había estado allí y la ciudad no era la misma sin Sandra y, ahora, sin Pedro.

XVI.- Conexión inestable

El descenso hacia Buenos Aires fue como sumergirse en una nebulosa de luz artificial que palpitaba con una frecuencia nerviosa. Salvador, sentado frente a él, no despegaba los ojos de Amancay. El carpintero, un hombre que podía leer la veta de un roble con solo pasar la mano, se veía pequeño y frágil en esa cabina llena de sensores rítmicos.

Cuando las ruedas tocaron la pista, no hubo demoras. El sistema, aunque implacable con los disidentes, era de una eficiencia aterradora cuando se trataba de protocolos de emergencia sanitaria. En el borde de la pista, una ambulancia de alta complejidad esperaba con las balizas encendidas, proyectando ráfagas de azul eléctrico sobre el pavimento mojado por una llovizna persistente.

—Rápido, vamos, vamos —ordenó un médico cuya cara estaba parcialmente cubierta por un barbijo.

El traslado hacia el Hospital Garrahan, en el barrio de Parque Patricios, fue un viaje a través de una ciudad que Pablo ya no reconocía como propia. A través de los vidrios laterales, vio los edificios de la zona norte, cuyas fachadas cambiaban de color según el humor social del distrito. Las pantallas gigantes en la zona del Obelisco anunciaban productos, obras de teatro y un “Índice de Armonía Colectiva”, que esa noche estaba en un envidiable 92%. Pablo sintió un escalofrío: ese orden era el resultado de millones de pequeñas renunciadas a la libertad.

Al llegar al Garrahan, el despliegue tecnológico fue abrumador. Amancay fue ingresada en una cápsula de estabilización neumática

mientras un equipo de cirujanos, asistidos por brazos robóticos de precisión micrométrica, evaluaba el daño. Salvador y Pablo quedaron relegados a una sala de espera blanca, aséptica, donde una voz sintética les recordaba beber agua ionizada cada quince minutos.

Tras tres horas que parecieron siglos, el cirujano jefe se acercó. Se quitó los guantes de polímero y los miró con una humanidad que Pablo no esperaba encontrar en ese centro de alta tecnología.

—La niña es fuerte —dijo el médico, dirigiéndose a Salvador—. La cirugía fue un éxito. Logramos descomprimir el hematoma y estabilizar las fracturas. Sus funciones neurológicas están intactas. Va a necesitar tiempo, pero todo va a estar bien. Se va a recuperar.

Salvador se derrumbó en el asiento de plástico, cubriéndose la cara con sus manos callosas. Lloró en silencio, con los hombros sacudidos por un alivio que no cabía en su pecho. Pablo le puso una mano en el hombro, sintiendo la solidez del hombre de madera. Por un momento, el brillo de la ciudad de cristal pareció retroceder ante la fuerza de un sentimiento real.

Pablo decidió que no podían quedarse en los hoteles recomendados por el sistema de salud, donde cada movimiento quedaría registrado en el historial de los navegadores.

—Vamos a movernos a una zona menos “optimizada” —le dijo a Salvador—. Cerca del hospital, pero fuera de los focos.

Se instalaron en una pensión antigua que todavía conservaba paredes de ladrillo visto y techos altos, un lugar que el algoritmo de renovación urbana consideraba “zona de baja prioridad para la gentrificación”. Sin embargo, pronto chocaron con la primera barrera del mundo moderno: el dinero.

Pablo y Salvador traían un fajo de billetes físicos, pero al intentar pagar una cena en un bodegón cercano, el mozo —que manejaba una terminal táctil— los miró con desconfianza.

—No aceptamos papel desde hace dos años, jefe —dijo el hombre—. Todo es por Global Pay o transferencia. Si no tienen crédito di-

gital, no puedo procesar la orden. El sistema no me deja abrir la caja, porque de hecho, ya no hay caja.

—Y ¿la propina? ¿Cómo hacen si no aceptan efectivo? — indagó Salvador.

— La agregamos acá —contesta el mozo mostrando el aparato— y me la manda automáticamente a mi cuenta.

Tuvieron que caminar diez cuadras hasta encontrar una terminal de depósito que aceptara efectivo para convertirlo en “créditos de emergencia”. Salvador observaba a Pablo operar la máquina con una mezcla de asombro y fascinación.

—Es increíble, Pablo —comentó Salvador mientras caminaban de regreso, mirando cómo la gente pagaba su transporte simplemente pasando la parte de atrás de su móvil por un sensor—. Todo parece tan fluido aquí. Pedís comida con un dedo, el transporte llega solo, no hay que esperar, no hay que pelear con nadie. Es como si la ciudad supiera lo que necesitás antes de que vos lo sepas.

Salvador, el hombre que hachaba leña y dependía de la lluvia, estaba empezando a ser seducido por la facilidad de la red. Vio una aplicación que permitía traducir el lenguaje de los pájaros en la plaza y otra que le sugería el mejor tipo de café según su presión arterial del momento.

—Es más fácil, ¿no? —insistió Salvador—. Quizás nos complicamos demasiado allá arriba, en la montaña. Mirá esto, Pablo. Me bajé una app que me dice exactamente cuánto tiempo va a tardar Aman-cay en caminar de nuevo basándose en sus placas. Es... es mágico.

Pablo se detuvo en seco bajo el resplandor violeta de un cartel publicitario. Miró a su amigo con una seriedad que lo asustó.

—Ese es el problema, Salvador. Eso es lo más terrible de todo esto.

—¿Qué cosa? ¿que sea fácil?

—Exactamente. Parece inocuo, te da confort, te saca de encima la molestia de pensar, de decidir, de equivocarte. El sistema no te pone una pistola en la cabeza; te pone una almohada. Te ofrece una vida sin fricción. Pero para que no haya fricción, tenés que dejar de moverte

por tu cuenta. Tenés que dejar que el algoritmo decida el camino porque “es más eficiente”. Cada vez que usás una de esas apps para que te diga qué hacer o qué sentir, le estás entregando un pedazo de tu voluntad. Cuando te querés dar cuenta, ya no sos un hombre, sos un usuario. Y a los usuarios se los puede dar de baja.

Salvador miró su teléfono, donde una luz verde le indicaba que su nivel de hidratación era “subóptimo”. Por primera vez, sintió que el dispositivo pesaba en su mano.

—Allá en San Martín —continuó Pablo—, si Amancay se cae, nosotros corremos. Si necesitamos leña, la cortamos. Duele, cansa, es difícil. Pero ese dolor es nuestro. Esta facilidad de la ciudad es una anestesia. Y la anestesia es genial hasta que te das cuenta de que te están operando sin que te des cuenta de qué parte de tu alma te están sacando.

La estadía en Buenos Aires no fue larga, duró un poco más de mes. Fue un tiempo de vigiliass en el hospital, de rehabilitaciones intensas y de una discreción absoluta por parte de Pablo, que se movía por las calles como una sombra, evitando cualquier interacción innecesaria con los nodos de la red. Amancay evolucionó con una rapidez que sorprendió a los médicos; su cuerpo, criado con aire de montaña y comida real, tenía una reserva de vitalidad que los niños de la ciudad, criados en ambientes asépticos y dietas sintéticas, no poseían.

Finalmente, el equipo médico firmó el alta. Amancay podía continuar sus cuidados ambulatorios en su pueblo, siempre y cuando se cumpliera con una rutina de ejercicios y controles periódicos.

—No volvemos en avión —decidió Pablo—. El aeropuerto es un embudo de vigilancia demasiado estrecho ahora que ya estuvimos un mes acá. Vamos por tierra.

Salvador no protestó. Había aprendido a desconfiar de los brillos de la ciudad. Compraron pasajes de colectivo en una terminal de Retiro que parecía el último refugio de la gente de carne y hueso, un lugar donde el caos todavía no había sido completamente domesticado por el algoritmo.

El viaje de regreso fue un derrotero de veintidós o veintitrés horas. Para Pablo y Salvador, esas horas fueron el proceso de “descompresión”. A medida que el ómnibus dejaba atrás el conurbano y se adentraba en la pampa húmeda, la señal de datos empezaba a flaquear. Los pasajeros dejaron de mirar sus pantallas y empezaron a mirar por las ventanillas.

Pablo observaba el paisaje cambiar. De los edificios pasaron a las estaciones de servicio solitarias, luego a los campos infinitos de girasoles y, finalmente, a la estepa árida y ventosa de Neuquén. Cada kilómetro era una capa de protección que recuperaban.

Amancay dormía con la cabeza apoyada en el hombro de su padre. Salvador la miraba con una devoción que no necesitaba de ninguna aplicación para ser validada. Pablo, por su parte, sentía que sus hombros se relajaban por primera vez en semanas. Había entrado al corazón de la bestia y había salido ileso, no por su astucia, sino porque tenía algo por qué volver.

Cuando el colectivo dejó atrás la Rinconada y el volcán Lanín apareció en el horizonte, blanco y eterno, Salvador soltó un suspiro largo.

—Ahí está —dijo, señalando la montaña—. Esa es la verdad, ¿no, Pablo?

—La única que no se puede editar, amigo.

Llegaron a la terminal de San Martín de los Andes en una tarde de sol frío y aire cristalino. Al bajar del ómnibus, el contraste con el aire pesado y cargado de ozono de Buenos Aires fue como un bautismo.

Allí estaban Sandra y Grecia esperaban junto al viejo Land Rover de Salvador. Grecia corrió hacia el colectivo y, antes de que Salvador terminara de bajar la escalera, ya estaba abrazando a Amancay, lloviendo de una alegría pura que parecía hacer vibrar el aire alrededor de ellas.

Sandra se acercó a Pablo. En sus brazos llevaba a Pedro, que estiró sus manitos hacia él. Pablo lo tomó, sintiendo el peso sólido y real de su hijo y el olor a lana limpia.

—Lo hicieron —susurró Sandra, abrazándolos a ambos—. Los trajiste de vuelta.

Esa noche, en la cabaña de Salvador y Grecia, hubo cordero al asador, vino casero y el sonido de las risas de los niños que resonaba contra las paredes de madera. No había Wi-Fi, no había notificaciones, no había índices de armonía colectiva. Había algo mucho más potente: había presencia.

Pablo salió al porche por un momento, dejando a los demás adentro. Miró hacia el sur, hacia la inmensidad de los Andes que se recortaban contra un cielo estrellado que ninguna luz de ciudad podría jamás opacar.

Se ajustó el abrigo y entró de nuevo al calor del hogar. Afuera, la montaña seguía su ritmo milenario, ajena a los servidores y a los códigos. Adentro, la vida se celebraba de la única manera que importa: mirándose a los ojos, compartiendo el pan y sabiendo que, mientras hubiera una mano para sostener a otra, el sistema siempre sería, en última instancia, una ficción innecesaria.

XVII.- Desconectando

Los días que siguieron al regreso desde Buenos Aires estuvieron envueltos en una falsa sensación de victoria. En la cabaña, el tiempo parecía haberse remansado. Amancay se recuperaba con una lentitud saludable, rodeada de los cuidados de Grecia y la presencia constante de Salvador, quien no se separaba de su lado más que para lo estrictamente necesario. Pablo, por su parte, sentía que había superado totalmente una etapa de su vida. Había entrado en la boca del lobo y había rescatado una vida sin perder la suya.

Sin embargo, el aire de la montaña, usualmente tan predecible en su pureza, empezó a cambiar.

Una mañana de martes, Pablo enganchó su carro de madera a la vieja bicicleta que usaba para repartir la leña. Tenía una carga importante de ñire y roble seco que debía entregar en varias casas del centro de San Martín. Pedro dormía en su cama, y Sandra le dio un beso de despedida con una sonrisa que todavía conservaba el alivio de haberlo recuperado.

—No tardes —le dijo ella—. Quiero que hoy cenemos temprano. Voy a preparar una sopa de calabaza con las últimas que quedaron de la cosecha.

—Vuelvo antes de que caiga el sol —prometió Pablo.

El descenso desde la zona del arroyo Trabunco hacia el centro del pueblo fue el primer indicio de que algo estaba roto. Pablo notó que la gente no caminaba igual. No era solo el frío. Había una urgencia en

los pasos, una mirada fija en las pantallas de los teléfonos que parecía más intensa, más febril que semanas atrás. Al llegar a la intersección de la calle Drury, lo vio.

Desde el centro de la Plaza San Martín, el corazón histórico y verde del pueblo, brotaban haces de luz de colores vibrantes —violetas eléctricos, cianes quirúrgicos, naranjas de neón— que se proyectaban hacia el cielo encapotado como rayos láser. El espectáculo era tan ajeno al entorno de madera y piedra que Pablo frenó su bicicleta, sintiendo un nudo inmediato en el estómago.

Se acercó lentamente, dejando el carro de leña en un costado. Lo que encontró no era un festival, sino una invasión estética. En medio de la plaza, sobre el césped que solía albergar ferias de artesanos, se erguía un stand gigante, una estructura de polímeros blancos y superficies espejadas que parecía haber caído de otro planeta. En la parte superior, un logo familiar palpitaba con una luz blanca: el símbolo de StarMax, la compañía más grande de comunicaciones.

Alrededor del stand, promotores con trajes técnicos y visores de realidad aumentada repartían folletos y ofrecían pruebas gratuitas de dispositivos. Una música ambiental, sutil pero omnipresente, parecía sincronizarse con los latidos del corazón de quienes se acercaban.

Pablo se detuvo junto a un hombre que miraba la estructura con una sonrisa de satisfacción. Era un comerciante local al que Pablo conocía de vista.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Pablo, tratando de ocultar el temblor en su voz—. ¿Qué le hicieron a la plaza?

El hombre lo miró con sorpresa, como si Pablo fuera un ermitaño recién bajado de la cumbre del cerro.

—¿No te enteraste? El Concejo Deliberante aprobó la ordenanza de “Modernización Conectiva” la semana pasada. Fue unánime.

—¿Ordenanza de qué?

—Dejaron que instalen las antenas de alto rendimiento en los filos de los cerros —explicó el hombre con entusiasmo, señalando hacia las cumbres que rodeaban el pueblo—. Ahora vamos a tener la misma

velocidad de señal que en Buenos Aires. Se terminaron los microcor-tes, se terminaron las zonas muertas. ¡Por fin vamos a estar conecta-dos de verdad!

Pablo sintió que el suelo se movía. Miró hacia las montañas y, efecti-vamente, pudo divisar pequeñas estructuras metálicas, casi impercep-tibles a simple vista pero letales en su propósito, coronando las laderas.

—La publicidad dice que ahora es todo más fácil —continuó el comerciante—. Todas las apps van a poder interoperar. Ya no vamos a tener que usar esas redes lentas de pueblo. Ahora el “Global Pay” funciona hasta en el bosque, y las apps de logística van a traer drones de reparto desde Neuquén. ¡Es el progreso, Pablo! ¡San Martín va a ser una *‘Smart Village’*! Aparte, es más seguro para los guardaparques y rescatistas. Todo beneficio.

Pablo miró el stand. Una pantalla gigante mostraba un eslogan que le devolvió un eco amargo de su vida anterior: “BIENVENIDOS A LA RED TOTAL. MÁS CONECTADOS”. La publicidad explicaba que, gracias a la nueva infraestructura, los servicios de salud, seguridad y consumo estarían integrados en un solo ecosistema predictivo. Las aplicaciones ya no se usarían por separado; serían una sola capa de realidad que guiaría al habitante en cada segundo de su vida.

Volvió a su bicicleta, pero ya no sentía el peso de la leña. Sentía el peso de una derrota. Había huido mil setecientos kilómetros para encontrarse con que la red no tiene fronteras geográficas; solo tiene fronteras de rentabilidad.

El regreso a la cabaña fue un calvario de pensamientos oscuros. Pablo pedaleaba con furia, ignorando el dolor en sus piernas. Veía las antenas en los cerros como centinelas de un ejército invisible. El paraí-so ya no era un refugio; era un nodo más en la red global.

Cuando llegó, Sandra notó inmediatamente su palidez.

—¿Qué pasó, Pablo? ¿hubo algún problema con la venta?

Pablo se dejó caer en la silla de la cocina. No sabía cómo empezar. Le contó lo de la plaza, lo de las luces, lo de la ordenanza del Concejo y, sobre todo, lo de las antenas en los cerros. Le describió el entusias-

mo de la gente, la seducción del confort que él mismo le había advertido a Salvador.

Sandra lo escuchó en silencio, apretando una cuchara de madera contra su pecho. Su rostro pasó de la incredulidad al pánico puro.

—Tenemos que irnos —dijo ella de repente, con una voz aguda y quebrada—. Pablo, esto es el fin. Si instalan esas antenas, el sistema nos va a encontrar. Van a empezar a mapear cada metro cuadrado, van a rastrear nuestras compras, van a querer digitalizar a Pedro. Tenemos que ir más al sur. A El Chaltén, a Tierra del Fuego, a algún lugar donde la señal no llegue, donde el frío sea tan fuerte que rompa los cables.

Se levantó y empezó a caminar en círculos por la cocina, buscando mentalmente dónde estaban las mochilas y qué podían rescatar de la huerta.

—Sandra, pará —dijo Pablo, levantándose también—. Escuchame.

—¡No, Pablo! No voy a dejar que nos atrapen. No voy a dejar que Pedro crezca en una *'Smart Village'* de mierda. Si hay que vivir en una cueva, viviremos en una cueva. El mundo es inmenso, tiene que haber un lugar donde no lleguen.

Pablo la tomó de los hombros, obligándola a detenerse. Sus ojos se encontraron. Los de ella estaban llenos de un miedo animal; los de él, de una resignación sabia, una claridad que había ganado en las calles de Buenos Aires.

—Sandra, no tiene sentido seguir huyendo —dijo Pablo con suavidad pero con firmeza—. No hay un “más al sur” que sea lo suficientemente lejos. Lo vi cuando estuvimos allá, en el hospital. Lo entendí mientras hablaba con Salvador en las salas de espera. El sistema no es un lugar físico, es una frecuencia. Si huimos a Tierra del Fuego, el año que viene van a poner un satélite, o una antena repetidora, o un nodo de ‘conectividad social’ para los pingüinos. No podemos pasarnos la vida corriendo como fugitivos, porque ellos siempre van a tener más recursos para encontrarnos que nosotros para escondernos.

—¿Entonces qué? —preguntó ella, empezando a llorar—. ¿Nos rendimos? ¿aceptamos los lentes de realidad aumentada y las viandas sugeridas?

—No —respondió Pablo, y su voz adquirió una profundidad que Sandra no le conocía—. No nos rendimos. Pero cambiamos la estrategia. Tenemos que vivir acá, Sandra. En el centro de la tormenta, si es necesario.

Sandra lo miró sin entender.

—¿Vivir acá? ¿con las antenas apuntándonos?

—Sí. Porque la verdadera libertad no es la falta de señal; es la capacidad de ignorarla. Pensá en Octavio Levinson. Octavio no se fue a vivir a una isla desierta. Estaba ahí, en Buenos Aires, sentado en un banco de madera en Palermo, viendo a los patos. Estaba rodeado de cámaras, de sensores, de redes Wi-Fi de alta velocidad, y sin embargo, era el hombre más libre que conocí. Él no huía del sistema; él se había salido del sistema en el corazón mismo del sistema.

Pablo la llevó de vuelta a la mesa y se sentaron.

—Octavio me lo dijo: recuperó su soberanía. Vivía con lo mínimo indispensable del sistema. Usaba las calles, pero no el GPS. Usaba el sol para saber la hora. No se peleaba con la tecnología, simplemente no le daba permiso para que editara su realidad. Nosotros tenemos que hacer lo mismo.

Sandra miró a Pedro por la ventana, que jugaba con unas ramas.

—Pero acá es más difícil, Pablo. El pueblo es chico. Se van a dar cuenta si no usamos sus apps, si no estamos en su red de beneficios.

—Que se den cuenta —dijo Pablo—. Seguiremos hachando leña. Seguiremos cultivando nuestra comida. Usaremos el hospital si Amancay lo necesita, o si Pedro tiene fiebre, pero no dejaremos que ellos decidan qué tenemos que sentir o a qué hora tenemos que dormir. La frontera ya no es geográfica, Sandra. Ya no se trata de dónde estamos, sino de quiénes somos. La frontera es interior.

Pablo se levantó y fue hacia la ventana. La luz del atardecer, esa luz naranja y real que tanto amaban, empezaba a mezclarse con los destellos artificiales que subían desde el pueblo.

—Vi la ciudad desde adentro, Sandra —continuó él, hablando casi para sí mismo—. Vi cómo la gente entrega su voluntad por un poquito de comodidad. Y vi que el sistema solo es poderoso si creés en él. Si lo tratás como lo que es -un conjunto de herramientas, no una verdad-, pierde su fuerza. Todo va a estar bien. No vamos a huir más. Vamos a quedarnos acá, a criar a Pedro en la verdad, a ser parte de esta comunidad que construimos con Salvador y Grecia. Ellos nos van a necesitar más que nunca ahora que la tentación de la red es tan grande.

Sandra se acercó a él y apoyó la cabeza en su hombro. El miedo empezaba a transformarse en una resolución tranquila.

—¿De verdad creés que podemos hacerlo? —preguntó ella.

—Lo sé. Porque ahora somos tres, y tenemos a nuestros amigos. Mientras sigamos mirándonos a los ojos y oliendo la lluvia de verdad, las antenas solo van a estar transmitiendo ruido.

Esa noche, no hubo una “ventana de socialización optimizada” ni una sugerencia de audio para dormir. Hubo el silencio profundo de la montaña, solo interrumpido por el viento en los árboles y el fuego en la estufa. Pablo y Sandra se quedaron despiertos un largo rato, planeando no su próximo escape, sino su próxima siembra.

El sistema había llegado al sur, es cierto. Las luces de colores seguían brillando en la plaza y los servidores empezaban a procesar los datos de los nuevos usuarios de San Martín de los Andes. Pero en la cabaña del arroyo Trabunco, un hombre y una mujer habían decidido que su vida no sería procesada. Todo iba a estar bien, no porque el peligro hubiera pasado, sino porque ellos habían dejado de ser presas.

Pablo miró el cielo a través del vidrio. Las estrellas seguían allí, fijas y eternas, indiferentes a las antenas y a los satélites. En ese momento, sintió que tenía una misión, y no era la de salvar al mundo de los sistemas, su misión era dotar de humanidad los espacios que habitaba. Porque, en definitiva, obrar con humanidad es lo que nos hace humanos.

Luego de un suspiro, cerró las cortinas, echó unos leños más en la salamandra y se fue a descansar emocionalmente ya preparado para su nueva normalidad.

¿Qué rasgo de humanidad queda cuando un algoritmo decide qué debemos ver, pensar y sentir? En una realidad producto del procesamiento de datos, la vida se ha vuelto una sucesión de métricas optimizadas. Un mundo de “sedación digital”, donde cada paso y cada interacción social están programados para garantizar una felicidad prefabricada y una productividad sin fisuras. Sin embargo, todo sistema tiene un punto ciego que no puede cuantificar: la imprevisibilidad de lo humano.

Disonancia cognitiva explora la profunda tensión entre la seguridad de lo predecible y la belleza de la imperfección. En esta distopía, la tecnología ha dejado de ser una herramienta para convertirse en el arquitecto de una soledad angustiante bajo el disfraz de una hiperconectividad constante. Nos enfrenta a una pregunta: ¿cómo dotar de humanidad espacios que parecieran siquiera pertenecernos? Una reflexión necesaria sobre el modo de vincularnos en tiempos de automatización y suscripciones temporarias.